

EL MUNDO.

Año VI—Tomo I

México, Domingo 23 de Abril de 1899.

Número 17

BELLAS ARTES.



ABAJO CARETAS.

CUADRO DE CORCOS.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

... Miércoles me dijo:

—¿Sabes que se murió Manjón?

—No. ¡Pobrecito!

Y recordé á aquel ciego melencólico á quien oí hace cuatro años: un maravilloso tocador de guitarra que enredaba su alma en las cuerdas sonoras y las hacía llorar y reír de un modo tan conmovedor que—no he de olvidarlo nunca— me hizo el efecto de una hechicería como aquellas de las leyendas medioevales.

Era ciego el músico; pero ¿será una gran desgracia ser ciego, no contemplar la luz, no sentir el mundo real, estar condenado al calabozo perpetuo de sí mismo?

Ah, no! Por lo contrario: ser ciego desde la cuna, figurarse el mundo, como viajamos dormidos, por los aéreos países del ensueño; crear un universo conforme á nuestro temperamento; dar caprichosas y vagas formas á nuestras ideas, soñar con el color ignorado, al percibir una agradable fragancia; dan el matiz que imaginamos al palpar un objeto que nos seduzca; extraviarnos en metafísicas reflexiones cuando oímos que los que ven nos dicen: el cielo es azul, el agua corre, los pájaros vuelan, los ojos de las mujeres brillan como estrellas... es ser feliz á la manera extática y mística, de los creyentes y de los enamorados.

Se ama la luz porque no se la conoce; con el fervor con que adivina el cristiano el ejército de los ángeles y el coro de las vírgenes. Lo que llega á poseerse hasta. La hermosura que jamás se ha desnudado ante nuestra vista es la que más nos enamora.

Y luego... ¿quién nos asegura que los ciegos no ven? No ven como nosotros, convenido. Pero ellos que cada día educan y afinan sus sentidos, ven lo que no podemos distinguir los que absorbemos claridades con las pupilas sedientas. Ven el perfume y sobre toda ven el sonido.

El sonido que tiene para ellos gama más extensa y exquisita. La naturaleza es para los ciegos un concierto infinito de voces nunca oídas por nosotros, los torpes que hurtamos con la mirada el placer de todas las otras emociones. Oímos el gorgojo de las aves y el susurro de las abejas; pero... ¡quién! eso es demasiado fuerte, demasiado vulgar. Esa es la banda militar de los paseos públicos; es el ruido de los latones; no es la orquesta completa; no tampoco el cuarteto de cuerda, que interpreta música de cámara, suave y aristocrática. ¿A que no habéis escuchado nunca un coro de libélulas ni un concertante de mariposas? Ellos sí. Porque para ellos el ruiseñor es un canónigo que entona misas de vigilia, y la alondra una *primadonna* de café cantante.

¡Oh, Manjón era un gran artista! ¿Lo viste, muchacha de los ojos dormidos, como entrecerrados en la contemplación de cosas queridas y lejanas? ¿Supiste acaso de alguien que te hablara mejor que Manjón de las cosas que habías visto ya sin haber reparado en ellas? Acuérdate. Salvador Rueda no describe con más nímios detalles en sus versos de iris, el patio andaluz, el emparrado de anchas hojas, la mesa tosca con un batallón de cañas de manzanilla en la cubierta, el *macareno* de cabeza ceñida, la *maja* de peineta de nácar, el muro blanco deslumbrante de sol, y arriba, el cielo de cobalto immaculado y hondo. Todo eso pintaba el instrumento de aquel delicioso ciego que veía. ¡Y qué maravilloso pintor! ¿Estábamos seguros de que era Manjón? Cualquiera, al oírlo, hubiese asegurado que era Fortuny. Su guitarra era un lienzo: cuadro de tonos vivos y enérgicos, ó de pálidos y esfumados matices.

Y, como iba tocando, no en el instrumento, sino de corazón en corazón, para despertar sensaciones dormidas, el hechizo de la vista se hace más intenso y concluye por dominarnos. ¡Mentira! Manjón veía hasta deslumbrarse, la Radiación Suprema. Y mientras la miraba de hito en hito, nosotros íbamos percibiendo las cosas más obscuras y más remotas, como que nuestros ojos se empañaban, poco á poco, con las lágrimas.

¡Pobrecito ciego que nos hizo ver tantas cosas divinas!

* *

Un periódico de la Frontera asegura que va á solicitarse nuevamente de nuestro gobierno el permiso para establecer el juego del *box*. Varias veces ha querido implantarse en Mexico esta diversión *yankee*. Creo, sin embargo, que no arraigará!

Los caracteres de las primitivas razas sajonas, marcados por la firme mano de Taine, han resistido á través de las múltiples complicaciones de la herencia y del medio: "Corpachones blancos, flemáticos, con fieros ojos azules y pelo de un rubio rojizo, estómagos voraces, repletos de carne y queso, y caldeados por bebidas fuertes; un temperamento frío, tardo para el amor; apego al hogar doméstico, propensión á la embriaguez brutal"... "No se vive en esas co-

marcas sin abundante y sólida alimentación; el mal tiempo encierra á los moradores en sus casas; para reanimarlos se necesitan bebidas fuertes; sus sentidos son obtusos, sus músculos resistentes, sus voluntades enérgicas." "Gritar, beber, agitarse, sentir las venas caldeadas y hinchadas por el vino, oír y ver en su rededor el tumulto de la orgía era su primera necesidad. La torpe bestia humana se sacia de sensaciones y de ruidos. Para ese apetito hay un pasto fuerte: las refriegas y las batallas."

Los *yankees* tienen algo—muy modificado por la civilización,—conservan algo de los pobladores de las orillas del mar del Norte. Suelen ser atléticos, feroces y sombríos.—«Nosotros, la raza latina,—exclama un historiador—no vemos, de pronto en esos hombres más que bestiazas torpes, cuando no rabiosas y temibles. Al mirar frente á frente á uno de aquellos hombres corpulentos, se viene á la memoria el arranque del crítico insigne: «El amor risueño, los dulces sueños poéticos, las artes, el pensamiento ágil y sutil quédanse para las afortunadas playas del Mediterráneo. Aquí el bárbaro, mal resguardado en el fango de su cabaña, oye caer la lluvia durante días enteros sobre las hojas de la encina. ¿Qué sueños puede tener cuando contempla su lodo y su cielo empañado?»

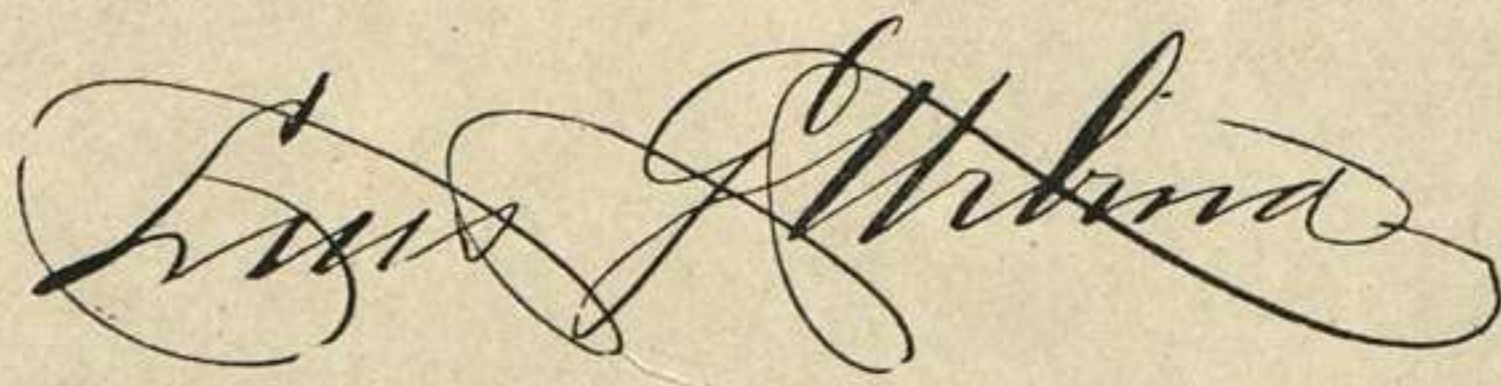
La imaginación hace un viaje fantástico, retrospectivo y confuso, ante el espectáculo de los *boxeadores*. Después de centenares de generaciones se ve reaparecer el perfil distinto y clásico de los bárbaros. La innoble lucha, llevada á cabo sobre un estrecho cuadrilátero de estiércol, entre dos hombres desnudos, encerrados en un valladar de cordeles, á pleno sol, tiene un alto y marcado relieve de raza. Los músculos, elásticos y poderosos, sirven fielmente á los instintos de conservación. No hay trabajo alguno intelectual en esa clase de combate. Es una pelea de fieras irritadas.

Y los toros? me diréis. Los toros son otra cosa. Los latinos encubrimos siempre nuestro salvajismo con una esplendente y matizada decoración. Aprovechamos el aire y el sol como elementos de nuestra estética. Ponemos bordaduras en los vivos trajes de seda y ocultamos con púrpura la sangre. Amamos los juegos olímpicos por lo que tienen de plásticos y esculturales. Buscamos, para verlo reñir, al animal más gallardo. Nos place ver el rosetón de listones y la pua joyante de la banderilla, en el enrojecido morrillo del toro. Nos divertimos con la regia actitud y el irisado penacho de plumas de los gallos. Nos burlamos del dolor y de la muerte, cuando llegan ricamente ataviados. No nos importa la daga; lo que nos importa es que el puño cincelado se yerga artísticamente sobre la herida.

Por eso no aclimatarán entre nosotros esos espectáculos fríos, sin actitudes ni colorido, que en lugar de avivar nuestro interés, nos producen disgusto. La raza que prefiere estas diversiones, á pesar de su progreso creciente, no ha podido llegar á poseer, en su plenitud, el sublime sentido de lo bello.

* *

La lucha de los espectáculos teatrales continúa más fiera y encarnizada, con su ejército de mujeres y su armamento de coplas y seguidillas. La Soler, una muchacha que parece una ilustración de Llovera, es la rival de Rosa Fuertes, una mujer hermosa y fuerte, y atrevida, como una amazona. ¿Quién vencerá? En estas batallas, en las que antes viene la plástica, como principal elemento, no hay vencidos. El buen busto, que es un caballero muy experto reparte laureles y glorificaciones, de la manera más conveniente y procura dejar satisfechas á las batalladoras. Mientras tanto, el público como el célebre personaje del poeta, se divierte. Y cuando desea sacudir un poco el yugo de la zarzuela, asiste al Circo Orrin que ofrece, de vez en cuando funciones tan suntuosas como la dedicada á la prensa—una galantería de la vieja empresa.



Las mujeres que no quieran parecer coquetas, y los hombres de avanzada edad que pretendan no ponerse en ridículo, sólo deben hablar del amor como de una cosa extraña y que no les interesa.

* *

Si los hombres supieran lo que piensan las mujeres serían veinte veces más impertinentes. Si las mujeres supieran lo que piensan los hombres serían veinte veces más coquetas.

EL EXTERIOR.

Revistas Políticas y Literarias.

Los asuntos de mayor gravedad para Europa y los Estados Unidos anglo-americanos, no suelen, como antaño, dejar ver sus puntos negros en las fronteras de Alemania ó de Turquía, ó en las súbitas y tumultuosas emociones de las multitudes francesas ó en las protestas autonomistas de Irlanda ó en la sorda y reñida batalla entre el Emperador Guillermo II y el socialismo que crece andando como el gigante de la fábula... Ahora aparecen y se multiplican en horizontes más lejanos, en el Africa intertropical, en las costas ventruadas del imperio chino, en una isla de la Polinesia perdida en la inmensidad del Océano. Este fenómeno deriva fatalmente de la aspérrima competencia que existe entre las grandes potencias de la civilización por crearse vastos imperios coloniales, es decir, mercados obligatorios para sus industrias plásticas y sus comercios que tienden á localizarse y encastillarse entre muros formidables de tarifas. Y como en la expansión colonial, Inglaterra lleva á las demás un siglo de ventaja, todas las empresas de este género tropiezan con ella en Africa, en Asia, en el Mar Pacífico.

La alianza popular, si no gubernamental, entre los dos grupos anglosajones ha acentuado el desequilibrio entre los competidores y de todo ello surgirá un primer cuarto de Siglo XX preñado de amenazas como decimos los retóricos.

Inglaterra presente que estorbando, por su posición actual en el mundo, las empresas coloniales de Rusia, Alemania y Francia, tiende inevitablemente á unir las contra ella. No, claman algunos estadistas, hay acuerdos y alianzas imposibles. ¿Quién hubiera creído, sin embargo, que el autócrata de todas las Rusias y la radical democracia francesa celebraran un entusiasta connubio antes de morir el siglo de la *Santa Alianza*? Los intereses se imponen é imanan indefectiblemente la aguja política hacia el polo económico. Por eso los ingleses no se forjan ilusiones: hace pocos días un buque francés era saludado en los mares asiáticos por la Marsellesa entonada por la tripulación de un crucero alemán; ayer el rey Humberto de Italia, el aliado marítimo de Alemania, pasaba revista á las escuadras francesa é italiana reunidas en una sola, en medio de frenético entusiasmo; mañana el Kaiser alemán confiará su esposa y su hijo, lo que más pegado tiene á su corazón de poeta forrado en acero Krupp, al dulce clima de Francia y á la exquisita cortesía de los franceses y más que todo el tono de la prensa de los dos pueblos, irreconciliables ayer, es un indicio cierto de cambio de viento.

Ahora bien, toda alianza internacional se celebra contra alguien... Alianza, ¡oh! imposible. ¿Imposible? Está llegando al gobierno en Francia y Alemania la generación que nació al día siguiente de la guerra; una generación más y la transformación de sentimientos se habrá verificado en Francia; podría dudarse de esto si quien tuviese que olvidar no fuera un pueblo latino.

* *

Fachoda y Samoa van á ser dos factores de humillación y odio que crearán una comunión de sentimientos amargos entre los dos enemigos hereditarios. El incidente de Fachoda ha terminado con una convención anglo-francesa, en que la Gran Bretaña se compromete á respetar la acción libre de Francia al occidente de una línea que, partiendo de un punto de unión entre el Estado del Congo y el Congo francés, va en zig-zag hasta el sur de la Tripolitana, encerrando entre sus ángulos casi todas las orillas del lago Tchad, que "*las cinco semanas en globo*," por Julio Verne, hicieron popular desde hace treinta años. Los ingleses se reservan todo el Nilo y sus afluentes ecuatoriales, y ahora ya podrá realizar su plan Mr. Cecil Rhodes, el Napoleón del Cabo, de quien decían que había amarrado al remolcador inglés la fortuna colonial de Alemania, ahora sí podrá unir el Cabo y Egipto con su inmensa vía férrea, si encuentra quienes le den dinero para atravesar, no ya el desierto, donde no hay vida, sino las regiones del Nilo, en que ha sido imposible penetrar recientemente al mayor inglés Martyn, porque en ellas está el reino de la muerte; de ahí nadie sale, nadie entra tampoco.

Asunto terminado, pues; los franceses han sacado algunas ventajas, los ingleses las han sacado diez veces mayores; no queda en el fondo más que un capitán del ejército francés, obligado á arriar su bandera enarbolada en un país que no era de Egipto ni de Inglaterra. Quedó la espina.

Y el incidente de las islas Samoa terminará del mismo modo; allí el caso es obscuro, complicado: ¿quién tiene razón? El tratado de 88 atribuye una representación igual en la tutela (digamos así) del Archipiélago á los Estados Unidos, Alemania é Inglaterra. Con la flamante alianza entre las naciones anglo-sajonas, ingleses y americanos tendieron á preponderar sobre los alemanes, que parecen tener intereses más considerables que los otros europeos.

en aquellas islas. Y la lucha era solapada é inminente el conflicto. En Enero murió el viejo rey, y allí fué Troya. Los partidarios de la preponderancia anglo-sajona apoyaban á Malietao, y el gran juez Chanders (un americano) lo nombró sucesor al trono; pero el presidente municipal de Apia escogió al destronado rey Mataafa, y este presidente era el Dr. Raffel, un alemán. Mataafa con los suyos, instigado por el cónsul alemán, se adueñó por la fuerza de la situación. Pero entonces el almirante americano Kantz y el jefe de la escuadra inglesa de consumo condujeron al fugitivo Malietao á su trono de carrizo. Y tomó incremento la lucha civil. Entretanto, el almirante lanzó una proclama en favor de su negro y el cónsul alemán protestó, y apoyada por él la resistencia continúa, y ha habido marinos anglo-sajones sacrificados y propietarios alemanes capturados y los guerreros de Mataafa, han sido bombardeados en los litorales de la Isla; y no, no es aquella una situación sin peligro; un poco más, y puede acontecer algo irreparable; quizá ha sucedido ya, si lo que se dice del comandante del Falke, resulta cierto.

La conducta de la diplomacia alemana en este embrollo inesperado, no ha tenido una buena prensa en el imperio; las censuras acres y violentas han llovido sobre el ministro de relaciones. Esta actitud de la opinión ha puesto de resalto el profundo resentimiento que existe contra los ingleses en el fondo del corazón germánico y cierta exasperación contra los americanos. Pero no habrá tragedia, sino conferencia facultada para dirimirlo todo. Antes de un mes los comisionados habrán tomado asiento en Apia en derredor de la mesa de la reconciliación. Decía Napoleón (v. las memorias del Barón Gourgaud recién publicadas) que el mejor modo de cortar una escena trágica era sentarse; entonces la tragedia se vuelve comedia; es el caso.

Si la mayoría hubiese decidido las cuestiones en que la conferencia va á ocuparse, medrada estaba Alemania; todas las resoluciones habrían sido en su contra. No le quedaba más que cargar con su cónsul batallador y marcharse. Mayoría de tres, el americano y el inglés. Por eso se vanagloria con justicia el Sr. De Bülow de haber obtenido, gracias á los Estados Unidos, el principio de que las resoluciones fuesen tomadas por unanimidad. En cambio, con la unanimidad corre riesgo la conferencia de no dar por rematados sus trabajos sino la víspera de los kalendas griegas.

Tampoco, pues, nos regalará con una guerra general la cuestión de Samoa. Pero quedará en la tenaz memoria del alemán esta amarga reflexión: nadie puede adquirir una isla, un terruño, una cabaña fuera de Europa, sin el permiso de Inglaterra. Quedará la espina.

* *

Sabe la orgullosa Albión (este cliché lo conozco desde que tenía yo cinco años) que pudiera el Siglo XX reservarle la desagradable repetición de una alianza continental contra ella. Y se dispone á conjurarla y á resistirla.

A conjurarla, desarrollando una política de fijación de límites de acción en que indefectiblemente se reserva la mejor parte, la parte del leopardo. Y trata con Francia, con Alemania, con Rusia para decir: «tú hasta aquí, yo desde aquí...» Así conjura el peligro, y se prepara á él aumentando sin cesar su marina; la marina es la consecuencia y la condición de todo imperio colonial; la de Inglaterra mantiene desde hace tiempo su superioridad numérica sobre las dos principales marinas reunidas del continente: Francia y Rusia, Francia é Italia, ó sobre tres excluyendo á Francia. Pero las naciones marítimas de Europa aumentan también sus escuadras y el presupuesto marítimo inglés sube en proporción, pasa ya de más de cien millones de libras esterlinas y seguirá en su progresión ascendente, porque un nuevo factor ha entrado en escena: los Estados Unidos. Ayer era una nación de marina mercante bien resguardada, ahora es una potencia marítima de segundo orden por lo menos, con el deseo y la posibilidad de serlo de primera. Y su política imperial hace necesaria esta actitud, *noblesse oblige*.

Por este lado Inglaterra se ha empeñado en conquistar un aliado y todo manifiesta que considera esta alianza como un complemento indispensable de su poder marítimo, y tiene razón. Sin embargo, si los Estados Unidos permaneciesen neutrales en una lucha marítima entre Inglaterra y una coalición europea, el Japón se les adheriría y es probable que pudieran distribuirse pingües despojos. La alianza ó la *bonne entente* con Inglaterra, que en la reciente lucha con España prestó á los Estados Unidos el servicio de paralizar la acción de Europa y que les es necesaria mientras se pacifican las Filipinas, no ofrecerá las mismas ventajas en lo porvenir y se nos figura que seduce poco á los Estados Unidos el papel de espanta-pájaros que les destina Inglaterra en sus combinaciones.

Entretanto todo es almíbar sobre ojuelas en las relaciones entre John y Sam. Mr. J. Chamberlain y Sir Beresford, hacen entre ambas naciones el papel de palomas correos de amistad y de paz; Mr. Choate nombrado ministro de la Casa Blanca en Ingla-

terra, precisamente por su fácil y ardiente palabra, ha producido en sus alocuciones entusiastas en favor de la confraternidad sajona una gratisima impresión. Muy bien; mas no faltará algún malicioso que se pregunte ¿y por qué el famoso tratado de arbitraje saludado como el principio de una era nueva en la historia de las relaciones internacionales, acogido con un *hurrah* atronador por la prensa inglesa, duerme un sueño de plomo en la cartera del Senado? Manifiestamente los Estados Unidos son más fríos, magüer que jóvenes; se reservan más.

* *

Salta á los ojos que nuestros queridos primos se han metido en un charco con su empresa de conquistar las Filipinas; después de serios encuentros en que siempre han sido vencidos los tagalos, no sólo por la prensa asociada, sino también por las tropas de ocupación, que ha ensanchado mucho su radio de acción en la isla de Luzón, resultan las cosas en el mismo estado que en los comienzos de la campaña. Aguinaldo intacto en sus vericuetos y matorrales clama al cielo contra los americanos y pone al mundo por testigo de la violación del derecho humano en su patria. El general Lawton que es un excelente hombre de guerra abandona sus posiciones en el lago de Bay y se concentra declarando, según dicen, que necesitaría cien mil hombres para pacificar la isla; además el descontento entre los voluntarios americanos va creciendo; en suma, esta campaña toca á su fin: la estación de los calores tórridos, la estación de la muerte, avanza y llega.

¿A este aliado se refiere Aguinaldo en sus proclamas ó á otro, á Alemania, al Japón? Sus palabras parecen ser voluntariamente enigmáticas; pero desconoce la flemma sajona si cree que eso hará desistir de su empresa á los americanos.

Ya no desistirán; tomarán el tiempo necesario para plantearse bien el problema y lo resolverán en seguida, aunque les cueste cien mil hombres, cien millones de pesos y diez años de fatigas. Sobre esto debe meditar el caudillo filipino: los *yankees* no cederán.

Por otro lado, es claro que no serán los voluntarios americanos los que conquisten á Luzón; ya se ha dicho, los imperios coloniales no se adquieren con voluntarios. Los americanos tienen que dominar con los tagalos mismos: para ello cuentan con dos cosas de primera importancia: el dinero; sesenta ú ochenta mil tagalos bien alineado; entre oficiales y sub-oficiales americanos haran más que doscientos mil soldados aún cuando sean del temple de los *rough riders* de Mr. Roosevelt. Si á eso se agrega un apretado cerco de la isla por la escuadra, la pacificación será cuestión de dos años. Pero en segundo lugar necesitan dar á los isleños su autonomía positiva, su gobierno civil, reservándose los Estados Unidos exclusivamente el militar.

Y á medida que escribía yo las líneas anteriores me reía para mí sayo de la facilidad y la maestría con que un revistero da consejos á generales y diplomáticos que teniendo la mano en la masa saben, naturalmente, diez mil veces más á qué atenerse. Por fortuna ni Mr. Alger ni el general Otis están expuestos á leer estas lucubraciones nuestras, destinadas sólo á hacer pensar á nuestros inofensivos lectores que aquí sabemos todo de todo; la tontera humana no tiene límites, ni el talento siquiera la limita.

Lo que deseamos de veras los mexicanos en todo esto, es que nuestros primos no tengan ni la oportunidad ni la necesidad de convertirse en potencia guerrera: agricultores, comerciantes, industriales, estos son los vecinos que nos convienen, no los *rough-riders* de Mr. Roosevelt.

* *

A pesar del respetuoso escepticismo con que los gabinetes europeos han acogido el proyecto de desarme del Tsar, éste ha seguido con tranquila tenacidad insistiendo en llevar á cabo su pensamiento; nuestros aplausos; el mundo es de los obstinados. No lo han desalentado las clarinadas épicas del emperador alemán, que no desperdicia banquete, revista ó servicio religioso, para predicar la paz como un deber, es cierto, pero la guerra como un derecho santo, sobre todo, como un santo derecho alemán. No lo ha detenido la deferente y silenciosa ironía con que su aliada Francia, se ha apresurado á mostrarse pronta y como resignada á un capricho humanitario de su augusto aliado, mientras su ministro civil de la guerra presenta al cuerpo legislativo en un discurso admirable de precisión y de energía, al ejército francés á punto de adquirir, por su singular armamento y su calidad como instrumento de ataque, una superioridad de algunos segundos de grado sobre el ejército alemán. Ni lo ha enfriado el acento resonante, demasiado para ser sincero, con que Inglaterra se adhiere á sus miras, al mismo tiempo que hace subir y subir el presupuesto de su marina de guerra.—Nada lo para.—La conferencia se reunirá en Amsterdam bajo los auspicios de la graciosa, risueña y rubicunda muchacha que reina en Neerlandia, dentro de quince días y veremos lo que resuelve; será poco, será un principio, será un punto de partida y acaso lo poco resultará inmenso.

El Tsar no está aislado: con él conspiran dos papas, dos leones: León XIII el santo agonizante blanco que morirá bendiciendo á un príncipe cismático porque el Evangelio no es una doctrina de exclusión sino de inclusión y León Tolstói el papa del socialismo místico de los eslavos, porque considera la guerra como el mal supremo. No es un mal supremo la guerra, ha sido un bien frecuentemente en la historia, puede serlo todavía por comparación con otros males. Hoy en los pueblos de la civilización y bajo el doble aspecto económico y humanitario sí lo es. Por eso en Europa y los Estados Unidos se multiplican las manifestaciones en favor del pensamiento del Tsar.

A nosotros nos vendría de molde el desarme; mientras más completo sea, mejor. Un millón de hombres sin trabajo en Europa significa un millón de emigrantes y México captaría un buen hilo de esa corriente en favor de nuestra industria y nuestra agricultura. Y el alivio gigantesco que resultaría á los contribuyentes con solo la suspensión en los armamentos, dejaría libres grandes capitales que buscarían inversiones en los países nuevos. México haría venir una parte de esos capitales en rieles, en palacios de fierro, en turbinas, en arados.

No tenemos representación en la conferencia de Amsterdam; nombramos nuestro representante al Tsar.

Justo Sierra

BUENOS, FUERTES Ó FELICES?

El problema de la felicidad humana.

La vida humana tiene una estrella polar que le traza camino, que le sugiere itinerario, que le atrae y conduce. Todos los hombres caminan en pos de la felicidad, todos la buscan, todos la desean; felicidad de presente ó de futuro, material ó moral; consistente para unos en la posibilidad y la libertad de encenagarse en el vicio, de revolcarse en los más bajos placeres, de disfrutar y agotar todas las concupiscencias; vinculada para los otros en la conquista de la riqueza, del poder ó de la gloria; radicada para unos cuantos en la exquisita satisfacción de producir el bien y difundirlo, de gozar con el placer ajeno, de derrochar filantropía y amor al prójimo, de sembrar al rededor de sí la semilla de todas las virtudes y de hacer libar á todos los labios la miel de todos los consueles y el néctar de todas las simpatías.

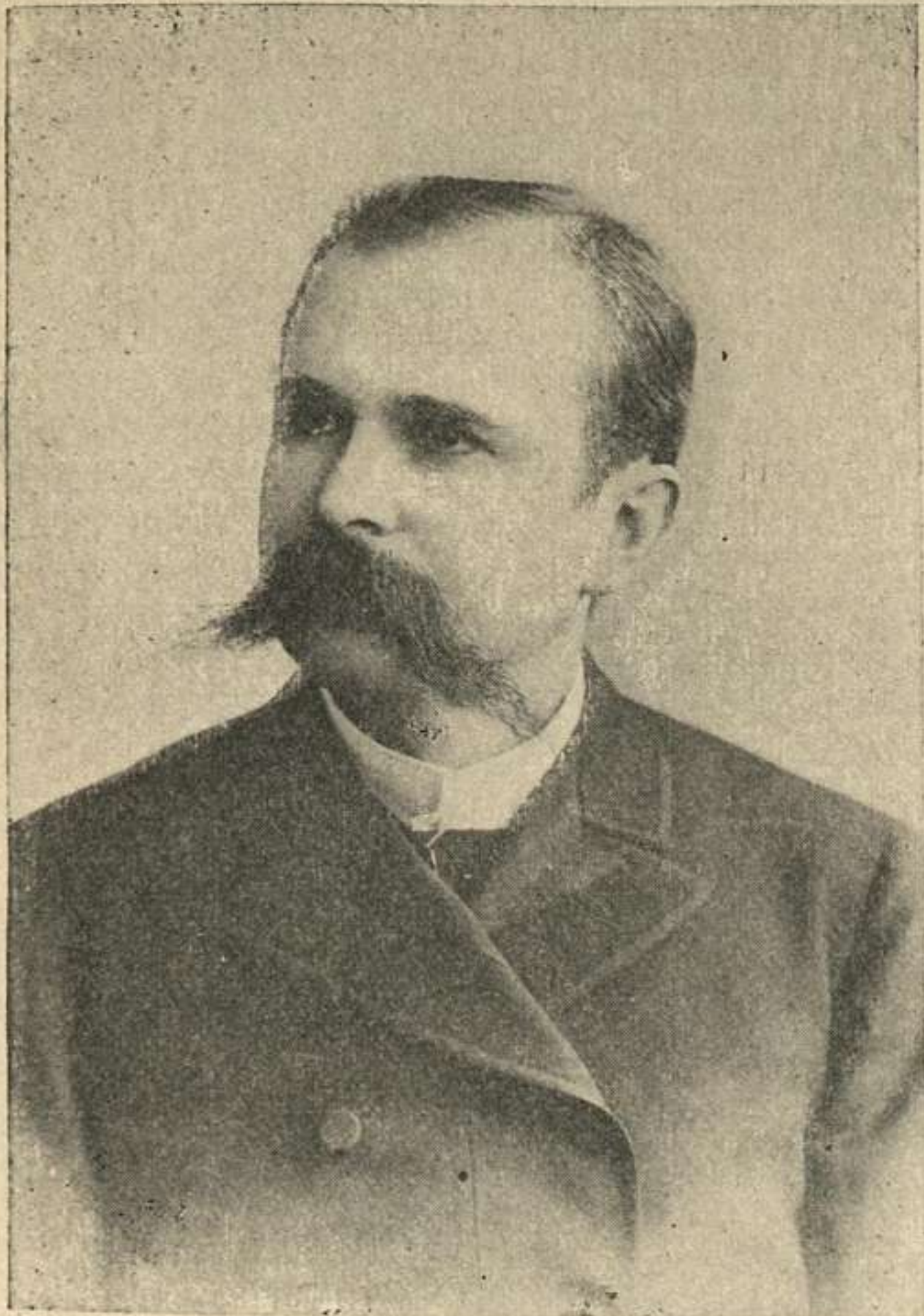
Para aquéllos la felicidad es de este mundo, para éstos sólo se alcanza más allá de la tumba; pero á todos, sin excepción, mueve, agita, inspira y gobierna.

¿Se pueda ser feliz en este mundo? ¿Hay un conjunto de circunstancias, un género de vida, una colección de máximas, una sucesión de contingencias que permita á los hombres ó á algunos de ellos conquistar el preciado vellocino? ¿hay argonautas bastante afortunados ó bastante sabios para abordar las playas de la isla encantada y misteriosa. *That is the question*.

Si preguntamos á cada hombre respecto de la felicidad de los demás, todos propenden á reconocer que hay hombres felices y no hay nadie que deje de envidiar la dicha ajena. El codicioso juzga feliz al millonario; el ambicioso piensa que lo es quien depara el poder; el enamorado cree dichoso al rival preferido; el mandarín de cuatro botones exclama ante el de cinco ¿cómo puedes soportar sin morir ese exceso de felicidad celeste? Pero pasando *del lado del mango* encontramos que el rico envidia la paz, la tranquilidad, el apetito y la digestión del pobre; que el magnate y el poderoso anhelan el descanso y la irresponsabilidad del humilde; que el amante afortunado siente náuseas ó hastío; que nada pesa tanto de cuanto se conquista, como los laureles del triunfo y las palmas de la gloria. Cuando niños envidiamos á los grandes, si hombres, creemos más dichosa á la mujer; si ancianos, quisiéramos volver á la juventud y á la niñez.

Nadie está contento de lo que posee, del lote de satisfacciones que le tocó en suerte; todos juzgan mejor lo que no es suyo, lo que les está vedado, lo inaccesible ó lo imposible y en esas condiciones no puede existir la felicidad. Sostener que hay seres felices, pero que no tienen conciencia de serlo, es, en otra forma, negar la felicidad. Si la felicidad ha de ser una sensación permanente, no interrumpida de bienestar, basta no tener conciencia de él para, de hecho, no ser feliz. No hay, no puede, pues, haber seres felices que ignoren que lo son; á tanto equivale eso como á afirmar que los ciegos ven, pero que no tienen conciencia de la luz.

Entendida la felicidad, á la manera del vulgo, como sensación y conciencia permanentes de bienestar, puede haber momentos felices en la existencia; pero no puede existir la felicidad. Dado el juego natural de nuestras tendencias, de nuestras necesidades y de nuestras aspiraciones; dadas igualmente las circuns-



SR. INGENIERO D. MARIANO BÁRCENA,
† el día 10 del actual.

tancias del medio en que estamos condenados á vivir— la parsimonia de la productividad del suelo, las ciegas brutalidades de los elementos desencadenados, las crueles inclemencias de los climas, los vicios y crímenes de los hombres— la vida más apacible y serena, la dicha más continua tiene que verse interrumpida por catástrofes, contratiempos, dolores y martirios. Ya es la fortuna lentamente adquirida que una torpeza ó el azar disipan; ya el ser amado que la muerte arrebató; ya la ilusión que el desengaño marchita; ya la esperanza que el destino desvanece; ya la playa á cuya orilla se hunde la barca.

Pero aun hay más; en nosotros mismos, en lo más íntimo y recóndito de nuestro sér, se levanta un enemigo encarnizado de nuestra felicidad; nuestra ambición. No es *poseer* lo que anhelamos, es *adquirir*. Todo el progreso, pero también toda la desdicha humana, están encerrados en esa fórmula. Conquistar y lograr, pasear la vista por el inmenso dominio territorial; palpar y recontar el tesoro; amar y poseer al ser amado; escalar las altas cimas del poderío y de la gloria, antes de conseguirlo, parecen ser la felicidad; pero, una vez realizados esos anhelos, nuevos deseos comienzan á excitarnos, nuevas ambiciones á atenecearnos, nuevas codicias á torturarnos. La ambición humana, con su cortejo de envidias mal disimuladas, de dolorosos deseos mal comprimidos, de desengaños siempre temidos, es una escala infinita; por muchos que sean los peldaños escalados, innumerables son aún los que quedan por escalar; en proporción de lo que hay que subir, lo que se ha ascendido resulta siempre insignificante y mezquino. Tántalo y las Danaides son la imagen viva de la dicha humana, como las entrañas, jamás por completo devoradas, de Prometeo, son el símbolo de nuestra vida.

La Naturaleza no parece habernos creado para que seamos buenos, ni menos aún para que seamos felices. Ha sembrado la semilla de todos los vicios y el germen de todos los crímenes en el surco mismo de nuestras más imperiosas necesidades. La gula, la intemperancia, la lujuria no son más que el impulso ciego y brutal hacia el alimento, la bebida y el amor; la ambición, la codicia, la avaricia emanan de la desproporción entre nuestras necesidades y los medios de satisfacerlas; la envidia es un extravío de la emulación; la guerra y el delito son lucha cruel y despiadada por la vida.

Pero el hombre ha podido hacer más en favor de su virtud que en favor de su felicidad. Inventando el trabajo ha creado un dique al destordamiento delictuoso de las necesidades y asegurando la subsistencia humana ha puesto freno á su criminal satisfacción; instituyendo el matrimonio, el poder público, el derecho y la libertad ha domado, y cada día más completamente, á la fiera primitiva; gracias al progreso en todas sus formas los hombres son cada día mejores y puede plausiblemente esperarse una época, aunque remota, en que la virtud impere y el vicio y el delito sean la excepción.

Pero ese progreso y esa civilización si han hecho mejores á los hombres, no los han hecho perceptiblemente más felices. Claro que la industria nos ha rodeado de mayores comodidades que á los hombres primitivos; que, gracias á ella, nuestro hogar está más abrigado y es más confortable, que nuestro alimento es más sabroso, más abundante y más sano y nuestro vestido más cómodo y más abrigador. Vivimos rodeados de lujo y de refinamientos, somos sibaritas en parangón con el hombre de las cavernas, y causaríamos envidia á los trogloditas. Por este concepto, si nuestras necesidades, nuestras ambiciones y nuestra misma sensibilidad no se hubieran acrecentado, seríamos felices más allá de cuanto pudieran soñar nuestros primeros padres. Con aspiraciones de *felah* y posibilidades de banquero, es claro que estaría realizado el ideal de la existencia: pero si el paria ha acumulado libertades y millones, ha acumulado también ambiciones y ensueños; á mayor abundamiento se ha hecho más sensible á la intemperie, es más delicado el juego de su organización física, más exquisitos sus gustos, más refinados sus apetitos, más inaccesible su ideal; su vida intelectual se ha ensanchado en lontananzas infinitas, su vida afectiva se ha acordado á tonalidades más delicadas. El troglodita fué roca que ningún huracán descuaja, el hombre civilizado es arpa éólica, de delicadas cuerdas, que la brisa más suave hace vibrar y que se rompen al contacto menos rudo. El hombre primitivo pensaba sólo en comer, y para comer en matar; el hombre moderno tiene el pensamiento ocupado por la gloria, el poder, la patria, la ciencia, la humanidad, la virtud, el progreso, la civilización.

La mesa está servida, brillan la cristalería y la mantelería; chisporrotea la lumbre en el hogar; los gobelinos, los bronceos, los cuadros de maestros, la vajilla de Sèvres solicitan y acarician la vista, un vago perfume de rosas y de bouquets de vinos se esparce por la estancia; todo convida al descanso, al placer, á la distensión del sistema nervioso fatigado, á las dulces y tiernas emociones; pero... hay un niño enfermo; la guerra es inminente, el krack inevitable; reinan en la India el hambre y la peste; León XIII periclitó; fracasó la expedición de Andree; la hábil combinación financiera vino por tierra... y el hombre moderno de inteligencia y de corazón, que vive con la vida de todos y participa de los dolores de la humanidad, siente opresión, melancolía, amargura y ve desfilar los ricos manjares sin tocarlos y oye, sin escuchar, la charla bulliciosa de los niños. Un hombre de la edad de piedra hubiera comido como un ogro y digerido como un lobo.

No; la Naturaleza, si hemos de atribuirle algún designio, no nos quiso ni felices, ni virtuosos, se preocupó tan sólo de que llegáramos á ser fuertes y hemos llegado á serlo y cada día lo seremos más por la ciencia, por la industria, por la riqueza, por el de-



MONUMENTO ERIGIDO EN ORIZABA AL PRESBITERO D. NICOLAS DEL LLANO.



EL SR. D. ANTONIO DE MIER Y CELIS.

recho y por la libertad. Esa ruta, la única libre, la hemos recorrido y la recorreremos á grandes pasos.

Y quién sabe! tal vez conquistando la fuerza, conquistaremos la felicidad, como hemos conquistado la virtud. Para ser fuertes hemos tenido que luchar con la Naturaleza y que vencerla; para ser buenos hemos tenido que combatir y vencer hombres; para ser felices acaso bastaría con luchar contra nosotros mismos y con vencer y dominar nuestras ambiciones, nuestras pasiones, nuestras exigencias y nuestros arrebatos. Y bien pudiera llegarse á esta conclusión paradójica, que para ser felices lo primero que nos importa es saber que no podemos llegar á serlo.

El Sr. Ingeniero D. Mariano Bárcena.

Hace algunos días murió en esta ciudad el reputado ingeniero mexicano D. Mariano Bárcena.

Los periódicos de información hablaron ya lo bastante sobre el Sr. Bárcena para que nadie ignore lo que fué y los servicios que prestó como hombre público en los diversos puestos á que lo llevaron sus aptitudes.

Al publicar hoy su retrato «El Mundo Ilustrado» pretende rendir un homenaje de admiración y gratitud al hombre de ciencia.

Los que la cultivan y la enseñan y los que como el Sr. Bárcena marcan su paso por el mundo con la producción de obras útiles, merecen un lugar distinguido en la gratitud nacional.

El Sr. Don Antonio de Mier y Celis

Nuestro representante diplomático en París fué nombrado por el Gobierno de México Comisario General para la Exposición Universal de 1900.

Con grande empeño ha tomado á su cargo los trabajos relativos á la participación de nuestro país en el certamen del fin del siglo.

Ya llegó á París el Sr. Anza, autor del proyecto para el Pabellón Mexicano, proyecto cuyo diseño publicaremos en su oportunidad.

Es más que un pabellón, un verdadero palacio que llamará la atención no sólo entre los que instalan las otras nacionales hispano-americanas, sino aún comparado con algunos pabellones del Gobierno francés. Su aspecto exterior según se vé en el proyecto, lo hace digno de la exhibición interior, tan minuciosa y sabiamente preparada por el Gobierno de México y por sus distinguidos comisionados.

Monumento erigido

Al Presbítero Don José Nicolás del Llano,
en el atrio de la parroquia de Orizaba.

Pocos meses hace fué inaugurada la estatua de este monumento erigido á iniciativa de la señora Doña Josefina Ocampo de Mata.

El Pbro. Llano fué cura de Orizaba desde Marzo de 1833 hasta Octubre de 1849 en que falleció.

En ese espacio de tiempo prestó grandes servicios á sus feligreses, distinguiéndose por su ardiente caridad durante la epidemia del cólera, así como por el espíritu de paz con que procuraba aplazar las discordias políticas.

El recuerdo de esa existencia entregada al bien se hubiera borrado sin la iniciativa que apuntamos y á consecuencia de la cual, se reunieron por donativos particulares fondos para el monumento que se ve en nuestro grabado.

D. Baldomero Galofre.

Honramos esta página con el retrato de este artista eximio, y algunas ilustraciones de las que hizo para un número especial del *Album Salón* de Barcelona, que el mismo Sr. Galofre se sirvió enviar con galante dedicatoria á nuestro Director.

Ya nos era conocido el pintor español. Lo hemos elogiado en estas columnas, hablando de un cuadro suyo; pero no podemos negar á nuestros lectores la reproducción del siguiente artículo en que con tanto acierto se juzga al artista español. Fué publicado por primera vez en el *Fortunio*, de Nápoles:

“Completamente abstraído en la idea de una grandiosa creación artística, siempre entusiasta por su idolatrada Italia, Baldomero Galofre ha permanecido cuatro meses entre nosotros, trabajando en las dulcísimas soledades de Sorrento. Allí, en medio de frescos bosquecillos de naranjos, de festones verdeantes, entre la alegre tranquilidad sorrentina, el ardiente pintor español ha temperado el espíritu, fatigado por las largas y victoriosas batallas del arte.



Al saludar á Galofre, que hoy se aleja ya de nosotros, podemos enorgullecernos, si el plácido ambiente de nuestro país y la esplendidez de sus paisajes han vigorizado la inspiración y los alientos de uno de los más esforzados artistas europeos. Presunción es ésta que la tradición ha salvado de la catástrofe de nuestras prerrogativas.

A bien que, para Baldomero Galofre, Italia es casi una segunda patria; residió en Roma de 1873 á 1886, trabajando al lado de Fortunio, del cual parece derivación viviente, y no hay rincón de Italia desconocido para él, que los ha recorrido y admirado todos; admiración tan comprendida en su sér, que cuando no está entre nosotros asáltale fuerte nostalgia: la de la Italia distante.

**

En Galofre, la adoración por Italia no se confunde con la imitación de nuestras escuelas y de los ingenios que les dieron la vida. Los grandes predecesores de ese artista, fervientes admiradores de las bellezas de nuestro suelo, formáronse en la escuela de nuestros pintores, y quién de ellos recuerda las suavidades rafaelinas, quién la osadía sorprendente de Miguel Angel de Caravaggio, quién las acariciadoras morbideces del Correggio, quién el colorido profuso del pintor de Verona, quién la natural sencillez de Vecellio: pero Galofre, al paso que ama de Italia las bellezas, quiere asimismo la verdad en el arte. No hay para él escuela, género ni mecanismos especiales. En el dibujo, refléjase su gusto depurado, su experiencia; en el colorido, su visión exacta de la realidad; la inspiración es producto de su refinada cultura, de su natural ingenio, de su sentimiento exquisito, porque representa la excitabilidad del temperamento artístico en presencia del natural.



D. BALDOMERO GALOFRE.
(Artista español.)

Así vese de Galofre, ora un cuadro grandioso, en el cual personas y trajes revélanse en su más estética evidencia, como en la *Feria* ó en los *Sultimbanquis*; ora un paisaje profundamente sentimental, como la *Playa de Napoles*; ora una mística visión, dulcísima como el *Ave María*; ya un admirable estudio de caballos, como *Un coso de gitanos*; ó bien una plácida remembranza de la región natal: estudiado, visto, comprendido todo con el mismo *amore*, con igual fuerza de reflexión, con la intuición pronta y penetrante del hombre de gusto. No le basta á Galofre que un hecho sea maravilloso, es indispensable que sea verdadero; para convertirlo en maravilloso, sabe él muy bien que sólo ha menester hacerle pasar al través de su talento y de su percepción artística. Galofre es además un soberbio representante del naturalismo pictórico, y por esto precisamente resulta prodigiosa la rapidez de su visión y extraordinario el modo que tiene de traducirla plásticamente.

Cuanto á esta forma de traducción, Galofre no sienta preferencia: tanto la pintura al óleo como la acuarela, el temple como el carbón, la pluma como el lápiz, para él tienen igual valor, y conoce á la perfección sus resortes y los maneja á voluntad, para no dar lugar á suponer, como creen algunos, que el valor del artista adquiere mayor ó menor importancia según sean los medios de que se vale. La diferencia, en todo caso, podría consistir tan solamente en la manera de emplear un medio con preferencia á otro; pero Galofre posee el secreto de todos, y así resultan sus acuarelas maravillosas, al igual que sus cuadros al óleo, y sus dibujos á pluma tan efectistas cuanto sus espléndidos *fusins*.

En este sentido, esto es, por su dominio del natural, Galofre tiene derecho á ser considerado algo así como el Zola de la pintura. Cuando la visión de la verdad es tan precisa, equilibrada, pronta; cuando se está en la posesión plena de todos los medios de reproducción, puédese impunemente ejercer absoluto dominio en el reino del arte, como hace Galofre, que no en vano nació en aquella tierra singular donde con tanto fausto imperó Carlos V, pintó Velázquez con suntuosidad inusitada, derramó Lope de Vega su inspiración á raudales, y Cervantes los tesoros de su gracia.

Reinan á la par en aquel país morisco los espectros



y los ángeles, gitanos y soldadesca, el mundo de la hampa y del toreo. Este abigarrado conjunto hace que Galofre, aun siendo esencialmente modernista por la índole de su ingenio y cualidades de su cultura, no pueda abstraerse á aquella magnificencia atavística, que es el gran prestigio histórico y artístico del bello y rico país hispano.

Por semejante razón, Galofre presenta en sus pinturas, á despecho de las modernas corrientes en que se baña, algo que recuerda siempre los antiguos esplendores de la España dominadora; obsérvase en ellas como el trasunto de grandiosa estirpe y liberal afinidad; siéntese que en aquel amasijo de tintes, igualmente fugaces y fulgurantes, en aquellas líneas amplias y seguras, está la herencia aristocrática



y maravillosa de Velázquez y de Ribera; adivínase al través de las delicadas resplandecencias del *Ave María*, que no en vano pintó el divino Murillo en aquella España, cuna de Galofre; considérase cómo caldearían la imaginación de los artistas los ardientes besos de las hijas de Andalucía, las deliciosas serenatas de Sevilla, las dulcísimas noches de Granada, las fascinadoras leyendas árabes, los soberbios blasones de Aragón y las grandezas y fastos burgaleses; piénsase, en fin, que la modernidad de Galofre no es la inoclasta de venerandas tradiciones, del carácter etnográfico, de la personalidad nacional. Así, y por tales conceptos renueva el milagro de Fortunio, cuya soberbia pintura abraza como una fascinación suprema de arte, la gloriosa poesía del Renacimiento con las radiantes visiones del porvenir.



Baldomero Galofre armoniza en sí todas esas exigencias por su opulento numen, ardiente sentimiento patrio, amor inmenso al arte é ilimitada pasión por lo real en sus procedimientos. Por este motivo es uno de los más insignes pintores modernos: un auténtico grande de España.

G. M. SCALINGER. >

LA CABEZA DE CRISTO EN EL ARTE.



Siglo XII.—Catedral de Chartres.



Siglo XIII.—Catedral de Amiens.



Siglo XIV.—Cristo, por Van Eyck [Museo de Berlin.]



Siglo XV.—Cabeza de Cristo por B. de Montelupo.



Siglo XV.—Museo de Beauvais.



Siglo XV.—Fragmento del "Cristo rodeado por los ángeles." Memling, Museo de Amberes.



Siglo XIV.—Estudio para la «Cena.»—Vinci. Pinacoteca de Milán.



Siglo XV.—Cristo, por Quentin Matays. Museo de Amberes.



Siglo XVI.—Cristo de la transfiguración. Rafael.—Roma.



Siglo XVI.—Museo de Poitiers.



Siglo XV.—Grabado en madera de Alberto Durero.



Siglo XVI.—Cristo por Benvenuto Cellini. Escorial.



Siglo XVI.—«Ecce Homo»—Guido Reni Museo del Louvre.



Siglo XVII.—Cristo de los «Peregrinos de Emaus,» por Rembrandt.—Museo del Louvre.



Siglo XIX.—«Ecce Homo.»—Ary Scheffer. Museo del Louvre.



Siglo XIX.—Estudio para la «Cena» por Dagnan Bouveret.

EL CICLISMO.

No ha habido acaso en centenares de siglos nada más grave, hecho más sorprendente en la evolución de los hombres, que el uso del velocípedo. Sólo es mayor en importancia otro hecho, la división del trabajo, que al ocupar los brazos del hombre en la conquista



del mundo, nos dejó nada más dos miembros útiles para la locomoción y nos puso en la categoría de los animales menos ágiles de nuestra clase.

Empero, el sacrificio fué recompensado con tanta liber-

alidad que jamás ha pensado el hombre en lamentarlo ni arrepentirse. Pero ocultamos en el alma una melancolía, —y los recuerdos personales de cada ser humano lo atestiguan— sentimos siempre tristeza al ver la facilidad y rapidez de movimientos de ciertos animales. Atenuamos los efectos de nuestra tristeza con el uso del caballo, primero, y después con la invención de las máquinas vertiginosas. *de los proyectiles encarrilados*, que nos sirven para cruzar las distancias desde hace cincuenta años. Mas allá en el fondo del alma la melancolía de que hablamos, lejos de aquietarse se exasperaba porque al sentirnos transportados en estado inerte, de parásitos ó larvas, sentimos la amenaza de ver convertirse ese estado en hábito aun para los trayectos más cortos. Por otra parte, obstinarse en andar á pié, cuando todo á nuestro alrededor corre vertiginosamente, era insensatez, propósito vano.

El vehículo rápido creó, pues, el «viandante desalentado.» El hombre llegó á desinteresarse de esa función tan importante, tan propia para desarrollar el sentido exacto de la especie que consiste en moverse por sí mismo. Ya podía preverse el día en que el hombre se negara á todo ejercicio de locomoción personal, cuando apareció el velocípedo.

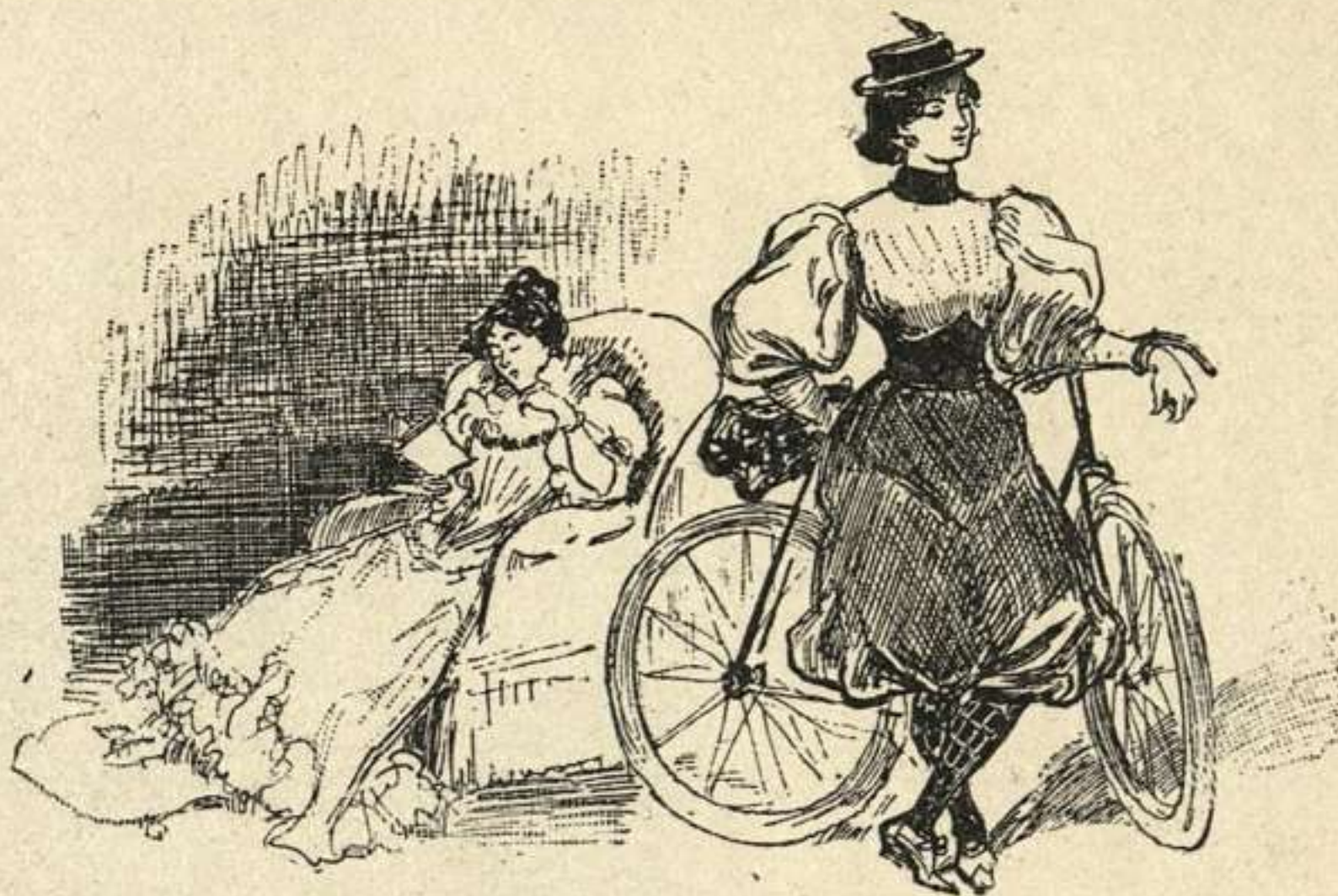


El humilde instrumento fué despreciado al principio. No obstante el nombre con que se le bautizó, nadie creía que fuese susceptible de formidable velocidad; á lo sumo se le concedía la posibilidad de crear ejercicios deportivos, amenos pero muy limitados. Por otra parte como no había exigido su invención esfuerzos maravillosos de ingenio é inteligencia, no impresionó la imaginación de los hombres, no vueltos aún del asombro que le causaron el ferrocarril y el telégrafo.

La Naturaleza oculta, maliciosamente, bajo apariencias modestas las cosas destinadas á un gran porvenir. El velocípedo llegó humildemente y á tiempo. Traía consigo la fuerza de la fatalidad, porque es algo más que una máquina, es un *órgano*, —el silencioso Mesías que iba á devolver al hombre una facultad perdida desde los milenios. La propaganda fué pacífica pero incesante: aquellos á quienes llegaba á seducir no le abandonaban ya. Cuando llegó su era de florecimiento, recibió ataques, y los ironistas lo abrumaron con las sutiles é ingeniosas necedades que han sido en todos los tiempos el rasgo diferencial de su manera de ser. Y no acababan aún de reirse cuando ya uno, ya otro de ellos se convertía á la nueva religión, cediendo al amable reclamo del devorador de caminos. Y la joven humanidad, y aun la vieja, abandonaron á nuestra vista “el paso sobre zancos” por la carrera giratoria. El desarrollo ha sido tan rápido, tan acentuado, que antes de medio siglo el mundo entero se había persuadido, y la translación pedestre irá á juntarse con las diligencias, abandonada, olvidada, aplicable sólo á las distancias insignificantes.

Entonces ya no habrá quien conciba que el ciclismo es un medio de locomoción irracional y sin elegancia, ni quien crea más natural y bello apoyar nuestros “zancos articulados” sobre el suelo que mover los pedales. Cuando toda la superficie terrestre se componía de malezas, pedregales y pantanos, cuando los

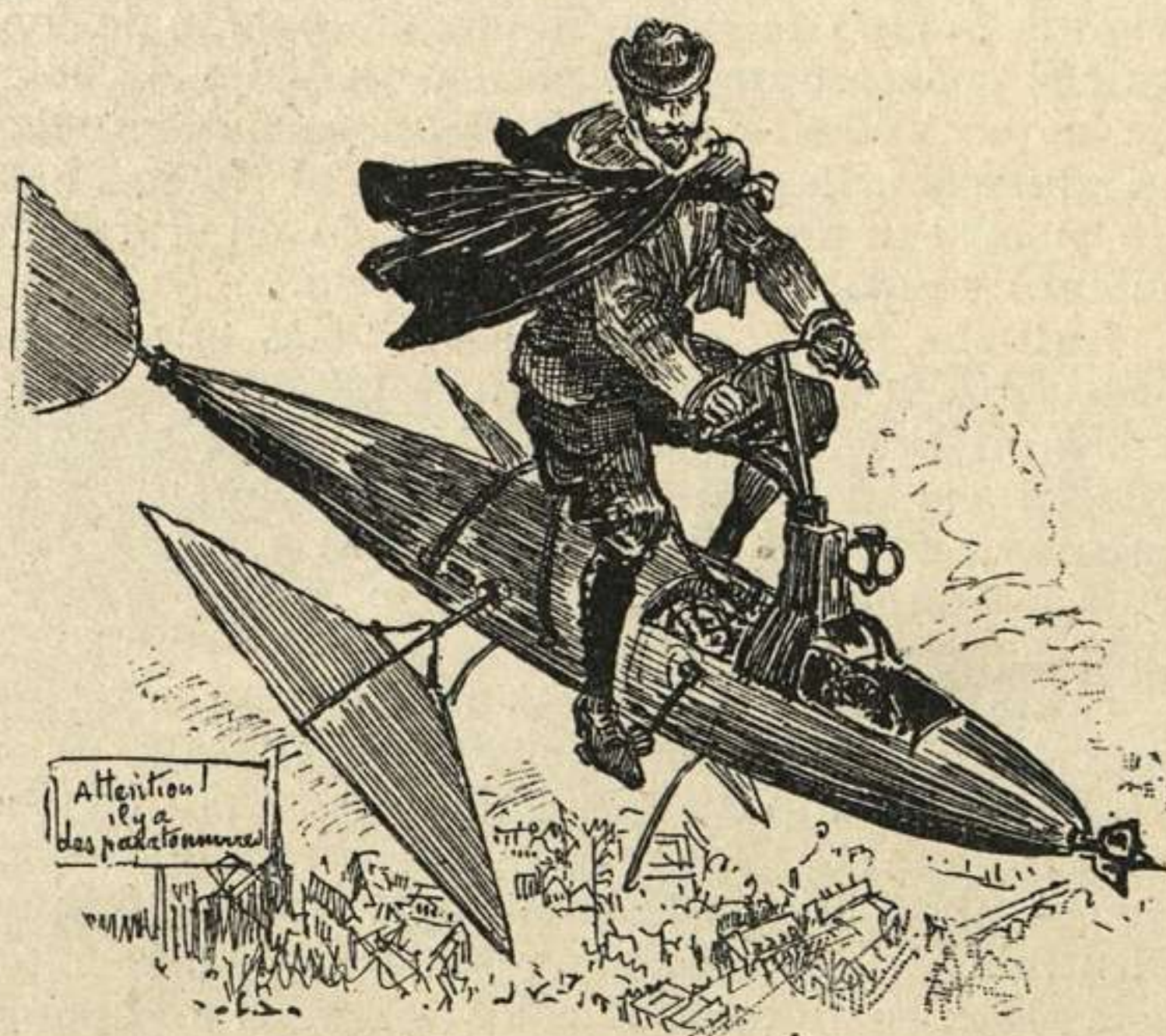
“puentes y calzadas” prehistóricos dejaban impereante la anarquía en los caminos, la naturaleza sólo permitía el ejercicio de las piernas á los habitantes de este curioso planeta, á menos que la condenase á caminar arrastrando el vientre como los gusanos y las serpientes. Pero en los medios homogéneos, hay instrumentos más regulares, flexibles y rápidos: la cola—helice del pez aventaja de un modo incomparable las patas del cuadrúpedo más ágil. Desde que los millones de caminos han hecho una especie de regularidad en la tierra firme, se impuso un órgano de propulsión más veloz: si puede aun servir el pie para subir á las montañas ó para andar en caminos desiguales, es un absurdo singular en los buenos caminos y en las llanuras. Es ya demasiado tarde para que nos salgan en el cuerpo ruedas de carne; debemos pues adoptar ruedas artificiales, del mismo modo que manejamos los útiles del trabajo. Burlarse de la bicicleta es una novedad igual á la del que se burlara de un carpintero porque corta la madera con una sierra y golpea los clavos con un martillo.



En suma, la bicicleta ha hecho un enorme servicio á la humanidad: la vigoriza, mejor dicho la *vitaliza*. Hace poco sólo se hablaba de la decadencia del cuerpo, del predominio excesivo de las ocupaciones sedentarias, de la anemia general, en una palabra del *larvismo*.

En dos lustros todo ha cambiado: hay sed general de movimiento, ardor deambulatorio en los seres humanos. Los que viven más especialmente á costa de los inmóviles y de los enclaustrados,—los librereros, los fabricantes de aparatos fotográficos, los escritores, etc,—lanzan un grito de aflicción: son víctimas del crack de la librería, de la fotografía, de la industria novelera. . . . Los ex—clientes se dan baños de aire libre, reciben la brisa vigorizadora, buscan la fugitiva magia de los campos, de los bosques y de las playas. La sangre vuelve á las venas, la energía á los corazones abatidos, á los nervios debilitados, á los pulmones apretados en la atmósfera «podrida de humanidad.»

Hombres y mujeres se fortalecen, se nutren de espacio, se saturan de rapidez y la mecánica, que mataba todo esfuerzo, ya no asusta ni desalienta, á nuestra generación.

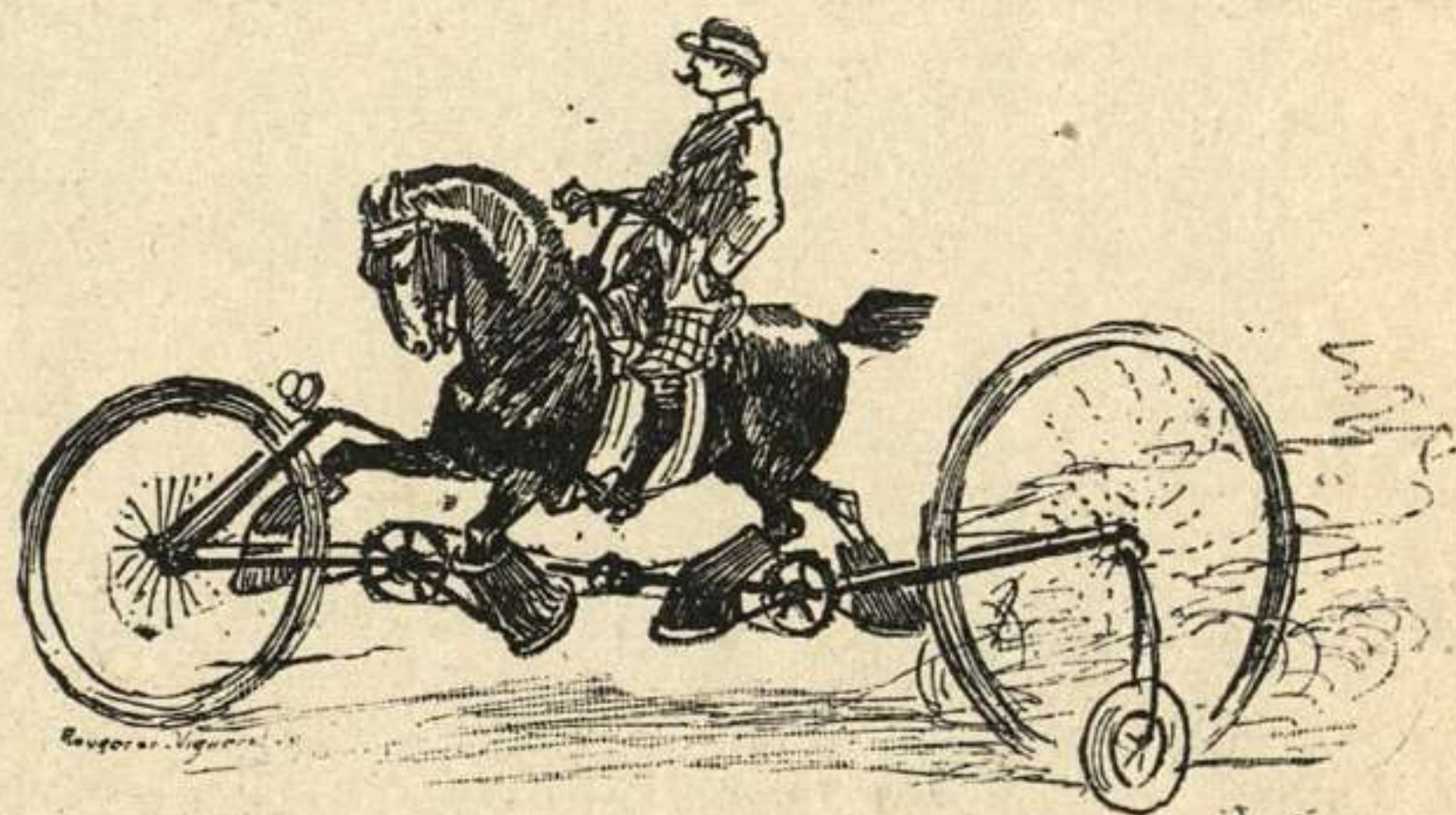


Esto en cuanto al presente. En donde aparece sobre todo el carácter maravilloso de la bicicleta es en su poder como elemento transformador de la humanidad. La bicicleta, nemos dicho, es un *órgano*: es la impresión que nos produce. Con ella ha vuelto á ser el hombre un animal ágil y uno de los más ágiles de la tierra firme. Si puede luchar aún en ese *record* el caballo *pur sang* sólo en cortas distancias: no hay caballo en el mundo que hiciera un París-Bordeaux como Lesna, una carrera de veinticuatro horas como la que hizo Rivierre, ó de seis horas como la de Linton. Y el hombre aparece en toda su integridad y en toda su fuerza orgánica y psíquica, mientras que en la equitación hay colaboración por más que no se quiera: mil movimientos que ejecuta la bestia sin que el jinete lo advierta ni aún pretenda darse cuen-

ta de ellos. En la bicicleta el que lleva el timón debe preverlo todo; qué maniobras tan delicadas, tan imperceptibles, tan instantáneas! Cuánta rapidez de decisión, qué relámpagos de energía! ¿Qué bestia podría pasar tan cerca del obstáculo y evitarlo con esa audaz precisión?

El primer efecto del ciclismo será el de aumentar la precisión de las resoluciones urgentes, la energía y la presencia de espíritu ante las dificultades imprevistas; pero á la larga creará facultades nuevas y ensanchará el campo de las nociones adquiridas. Cómo? No es fácil decirlo, pues si se admite que el cerebro es una función del organismo, variable con él, se comprenderá lo que pretendemos indicar. Desde luego la gran velocidad afectará los centros nerviosos y cuando tres ó cuatro generaciones de ciclistas hayan transmitido á sus descendientes la facultad de ver y de recorrer mayores espacios en menos tiempo, de calcular simultáneamente más dificultades y obstáculos, sin perder la *dirección de sus movimientos*, modificarán el sistema nervioso y por lo mismo el cerebro. Este, modificado en ese sentido, verá con mayor rapidez un número mayor de esas cosas y tendrá concepciones actualmente imposibles porque no abarcamos tantos detalles; en una palabra, formará razonamientos más complejos.

En segundo lugar la bicicleta es la preparación necesaria de la humanidad para lanzarse á los espacios; es el preliminar de la navegación aérea. Las últimas experiencias demuestran que el vuelo, más que de fuerza es un problema de velocidad bien dirigida. La fuerza del ave es menor de lo que se cree, y su «habilidad» para sostenerse, el conocimiento de su medio fluido tienen una importancia preponderante. Con la bicicleta aprende la humanidad á vivir en ese estado de rapidez horizontal que caracteriza el vuelo; aprende á sutillar su movimiento, á dirigirse «casi sin sentir la tierra.» La bicicleta preparará las piernas del hombre para enseñarles luego á correr por el espacio; será el embrión del ala, como la vegiga nataatoria del pez fué precursora de los pulmones de los animales terrestres.



Para terminar formularemos una pregunta ¿los animales domésticos llegarán á participar de los aparatos de carrera? Un ciclo para caballos es, á primera vista, una idea cómica. ¿Y por qué no sería una realidad cuando el genio mecánico se desarrolle más? Es triste que ese animal maravilloso, compañero del hombre durante tantos siglos, perezca difinitivamente ante el maquinismo. Antes de que eso suceda ¿por qué no adaptarle algún aparato que le permita vengarse de la orgullosa locomotiva? Ciertamente no será un aparato inmediatamente comparable al ciclo. Será más complejo, á fin de que el animal pueda utilizar su ímpetu, multiplicar su galope formidable é igualar la rapidez del *Flying Scotchman*, orgullo de los trenes británicos.

Volvería á ser el favorito del hombre, porque una fuerza viva, siempre dispuesta, no muy voluminosa, tendrá siempre ciertas ventajas para los trayectos fraccionados é individuales y además, sería preferido por la poesía que encierran para nosotros las cosas vivas.

J. H. Rosny

J. H. Rosny

MEXICO MODERNO.



CASA DEL SR. MENDEZ.—ESQUINA DE BUCARELI Y DONATO GUERRA.

Fragmentos de un libro de viaje

EN VARSOVIA.

LA ESTATUA DE COPERNICO.

Por fin á las 11 de la mañana llegamos á la histórica Varsovia. Un médico ruso de lo más fino, cuyo nombre siento deveras no recordar, aguardaba en la estación á los congresistas de paso para Moscow. Se expresaba en correctísimo francés, y parecía un francés por su aire *chic*, su personalidad atractiva, su traje correcto, sus modales urbanos y su carácter afectuoso y servicial.

El nos proporcionó *droitkas*, pequeños coches de dos ruedas, abiertos, con dos asientos en la parte trasera, y uno muy chico, bajo é incómodo en la delantera. Trotando en un vehículo de estos por el desigual y no bien pavimentado piso de la vieja Varsovia, tomamos alojamiento en el Hotel de Europa, el Sr. Dr. Liceaga, su apreciable familia, el Sr. Riva, mis compañeros Carbajal, Hurtado, Caraza, Vallejo, Bernáldez y el que esto escribe.

Heme al fin en Varsovia, á orillas del Vístula. en las comarcas septentrionales de Europa, en el inmenso territorio de la poderosa Rusia; heme al fin en Varsovia, repetía dentro de mí mismo, una voz interior, que me refería cuchicheando las diferentes noticias que de Varsovia había yo ido adquiriendo hasta allí, y que en conjunto forman lo que pudiera llamarse: historia de Varsovia en mi espíritu.

Era yo muy niño, sí, muy niño; apenas contaría seis años, cuando oí por primera vez el nombre de esa lejana y desdichada ciudad, y lo oí envuelto en dulce y placenteras melodías. Se bailaba en esa época una pieza llamada varsoviana que me gustaba á mí sobremanera, por su compás generalmente lento, y lo peregrino y variado de sus figuras y pasos. La pareja daba cuatro pasos largos en un sentido, luego retrocedía con rápido y precipitado paso de *galop*, luego daba vueltas acompasadas parecidas á la de la mazurca. Excitada mi curiosidad de niño pregunté qué significaba el nombre de esa pieza, y se me contestó, llenándome de asombro, que significaba la hija de Varsovia, la señorita nacida en una ciudad muy remota, que las varsovianas eran muy hermosas, muy sensibles y muy delicadas, y que sobre su ciudad y sobre su raza el sino había descargado sus más cruentos rigores.

Sobre este núcleo primitivo de mi concepto de Varsovia, se habían ido condensando nuevas y variadas ideas sucesivamente adquiridas en el estudio de la historia. La vigorosa dinastía de los Jagellón, los Casimiro, los Sigismundo, los Sobieski, los Kosciusko, y tantos y tantos reyes, y tantos y tantos caballeros esforzados, y tantos y tantos paladines que ilustraron con sus proezas aquellas regiones cuya briosa espada contuvo á los turcos en las puertas de Viena, y tantas veces derrotó á los sármatas, á los cosacos de la horda de oro, á los czares de Moscow y de Kasan, á los mismos que más tarde organizados por la vigorosa mano de Pedro Romanof, habían de constituir el poderoso imperio ruso, y que bajo el gobierno de la que Voltaire, cediendo á un sentimiento de baja adulación, llamó la Semíramis del Norte, habían de tomar tan principal participación en el fraccionamiento y reparto de la vieja Polonia.

Agitado, pues, por las muchas ideas que Varsovia suscitaba en mi espíritu y hallándome ya en su recinto, estaba impaciente por recorrer sus calles, por contemplar sus edificios, por examinar sus monumentos y por visitar sus institutos; por confrontar, en fin, con la realidad, la Varsovia fantástica que mi imaginación procreara.

Restauradas mis fuerzas con un abundante almuerzo, sacudido el polvo del camino, salí, pues, á vagar por la ciudad, siguiendo en una misma dirección la ancha, prolongada y concurrida avenida en que se abría el Hotel de Europa. Los edificios son altos, de aspecto moderno y se componen de cinco ó seis pisos; entre los transeuntes lo que más llama la atención son las siniestras figuras de los judíos, vestidos todos con el mismo traje negro, en forma de largo manteo.

Habría andado unos cuatrocientos pasos, cuando llamó mi atención, fijó mis miradas y detuvo mis pasos, un monumento que se alza en una plaza en que desemboca la avenida, y que es tan notable por lo que representa, como por su mérito artístico y por las circunstancias en que fué erigido.

Representa á Nicolás Copérnico, el eminente astrónomo polaco, nacido en Thom, el 19 de Febrero de 1473. La estatua le representa sentado, teniendo en la mano un planetario, y levantando la vista al cielo en actitud de sagaz observación y de meditación profunda.

Copérnico realizó en la ciencia la mayor de las revoluciones, substituyendo su doctrina heliocéntrica á la doctrina geocéntrica de Ptolomeo; consigné esta

doctrina importante en su famoso libro, intitulado: *De Revolutionibus Orbium Celestium*, la cual fué dedicada al Papa Paulo III, y el primer ejemplar impreso lo recibió su ilustre autor en su lecho de muerte.

La estatua es obra del eminente artista Thornwaldsen, se fabricó en los talleres de Roma, los fondos destinados al monumento se reunieron por suscripción nacional, tan generosa idea fué debida á Staszye, presidente de la Sociedad de los Amigos de las Ciencias, el cual se suscribió con un donativo cuantioso. No tuvo, sin embargo, la dicha de ver realizada su idea, pues había muerto cuando la estatua se terminó, y le reemplazaba en la presidencia de la Sociedad Julián Ursino Niemawiez.

El 5 de Mayo de 1829 se inauguró solemnemente el monumento, se cantaron himnos en honor del padre de la Astronomía moderna por numerosos coros, acompañados por una orquesta selecta. La Sociedad de los Amigos de las Ciencias se dirigió de su palacio á la Iglesia de Sta. Cruz, templo vasto é imponente cuyas afligranadas torres góticas, se levantan sobre el horizonte de la capital. Mas ah! sentímos decirlo, no se presentó sacerdote alguno á celebrar el oficio divino, no quisieron elevar sus preces por un hombre cuyas doctrinas fueron condenadas por la Congregación del Index. Fueron más papistas que el Papa como suele decirse, pues ya la Iglesia ha anulado tan injusto fallo. Lo ignoraba aquel clero ilustrado.

Mas el sol, el glorioso y radiante amigo de Copérnico, honró la augusta solemnidad destinada á enaltecer al genio que había discernido á ese astro el puesto de honor en el sistema planetario; apenas el Presidente había concluido su discurso, apenas había descubierto la estatua, cuando el cielo nublado hasta entonces, comenzó á despejarse, y un rayo de sol fué á herir la frente de Copérnico, como si hubiese querido reproducir la chispa divina que brilló en la cabeza del insigne astrónomo. Se escucharon gritos de entusiasmo, se vertieron silenciosas lágrimas de gozo y de duelo á la par, pues la suspicacia del gobierno ruso mancillaba aquella fiesta con la presencia de las ignaras tropas, y el recelo suspicaz de los agentes del gran duque Constantino, que gobernaba entonces la Polonia en nombre de su hermano el emperador Nicolás I.

PORFIRIO PARRA.

EL CIEGO

La tarde del 24 de Diciembre le sorprendió en despoblado, á caballo, y con anuncios de tormenta. Era la hora en que, en invierno, de repente se apaga la claridad del día, como si fuese de lámpara y alguien diese vuelta á la llave para acortar la luz: sin transición, las tinieblas descendieron borrando los términos del paisaje, acaso apacible á mediodía, pero en aquel momento tétrico y desolado.

Hallábase en la hoz de uno de esos ríos que corren profundos, encajonados entre dos escarpes; á la derecha el camino, á la izquierda una montaña pedregosa, casi vertical, escueta y plomiza de tono. Allá abajo, no se divisaba más que una cinta negruzca, donde moría un reflejo rojo del poniente; arriba, densas masas erguidas, formas extrañas, fantasmagóricas; todo solemne y amenazador. No pecaba Mauricio de cobarde, y, con todo eso le impresionó el aspecto de la montaña; sintió deseos de llegar cuanto antes al Pazo, del cual le separaban aún tres largas leguas, y animó con la voz á su montura, que empinaba las orejas recelosa.

Arrecio el viento y le obligó á atar el sombrero con un pañuelo bajo la barba; el trueno, lejano aún, retumbó misteriosamente; ráfagas de lluvia azotaron la cara del jinete, y de súbito el caballo se encabritó y pegó un bote de costado: de entre la maleza había salido un bulto. Echaba ya Mauricio mano al revólver, cuando oyó estas palabras en dialecto:

— ¡Una limosnita! ¡Por amor de Dios que va á nacer... una limosnita, señor!

Mauricio, tranquilizándose, miró enojado al que en tal sitio y ocasión pedía limosna. Era un hombrachón alto, descalzo de pie y pierna, que llevaba al hombro unas alforjas, y se apoyaba en recio garrote. La obscuridad no permitía saber como tenía el rostro; la ancianidad se adivinaba en lo cascado de la voz y en el vago reflejo plateado de las greñas blancas.

— Apártese — murmuró impaciente el señorito. — ¿No ve que el caballo se asusta? Si me descuido, al río de cabeza... ¡Vaya unas horas de pedir!

— ¿Dónde está el río? — gritó con hondo terror el pordiosero. — ¿No es aquí el camino de la iglesia de Cimáis? Señor, por el alma de quien lo ha parido... Señor, no me desampare... ¡Soy un ciego! ¡Nuestra señora le conserve la vista!

Mauricio comprendió. El viejo sin ojos se había perdido, y para no despeñarse necesitaba un guía. Sí, convenido; necesitaba un guía... ¿Y quién iba á ser? ¿El, Mauricio Acuña, que desde Orense regresaba á su casa, en noche de Navidad, á cenar, á pasar alegremente la velada, jugando al julepe ó al golfo con sus hermanos y primos, fumando y riendo? Si sujetaba el paso de su caballo al andar de un ciego; si torcía su rumbo cara á la iglesia de Cimáis, distante buen trecho de allá, ¿á qué santas horas pondría los pies en la sala de

Pazo de Portomellor? Un instante titubeó: era cuestión de sacrificar algunos minutos á colocar al ciego en la dirección de Cimáis, y dejarle ya orientado. Sólo que era internarse en la *carballeda*, exponerse á tropezar en los cepos y en los pedruscos, y sobre todo era condescender á los ruegos del mendigo, que no soltaría á dos por tres á su lazarrillo improvisado. «Más vale escurrirse» decidió; y sacando del bolsillo, un duro, lo dejó en la mano suplicante que el viejo extendía, metió espuelas al caballo, y escapó como un criminal.

Sí, como un criminal — así definió su conducta, en el punto de refrenar á *Maceo*, su negro andaluz cruzado, y darse cuenta de que había caído enteramente la noche. Celada por sombríos nubarrones, la luna se entreparecía lívida, semejante á la faz de un cadáver amortajado con hábito monacal. La carretera se desarrollaba suspendida sobre el río que, á pavorosa profundidad dormitaba, mudo y siniestro. El viento combatía los troncos robustos de los árboles; y un relámpago alumbró la superficie del agua, un trueno resonó ya bastante cercano, Mauricio se estremeció. ¿Se habrá caído el viejo al agua? Encogióse de hombros, después; pero creía escuchar el paso de un hombre que tentaba el suelo con un palo, como hacen los ciegos. Absurdo evidente, pues con la galopada que *Maceo* había pegado, quedaría el mendigo atrás un cuarto de legua. Lo cierto es que Mauricio juraría que le seguía *alguien*: alguien que respiraba trabajosamente, que tropezaba, que gemía, que imploraba compasión. Invencible desasosiego le impulsó á apurar nuevamente á su montura, para alcanzar pronto el cruce en que la carretera se desvía del río, cuya vista le sugería el temor de una desgracia. ¿Se habría caído...? — Lo que á Mauricio le acongojaba más, era la idea de haber abandonado á un ciego, en tal noche. «Hoy no debí dejar sólo á un infeliz...», cavilaba, hincando la espuela en los hijares de *Maceo*. Y lo más sucio, lo más vil de mi acción fué darle dinero. ¡Dinero! Si á estas horas flota en el sil... Estoy por volverme. ¿Y si me vuelvo y veo el cuerpo en el río? ¿No viene nadie detrás?...»

Maceo volaba: un sudor de angustia humedecía las sienes del jinete. El zumbido de sus oídos y el remolino del viento no le impedían oír cada vez más próximas las pisadas del que le seguía, y de percibir la misma respiración entrecortada, el mismo doliente gemido; y no se atrevía á volverse: menos volverse, todo... porque, si se volviese, quizá vería la figura del ciego mendigo, alto, descalzo de pie y pierna, con el zurrón al hombro, el cayado en la mano, y reluciente en la obscuridad la plata de sus blancas greñas...

— ¿Estaré loco? — discurrió Mauricio, en un espeluzno de pavor. — Ea, ánimo... Debo volverme... — Y no se volvía; su garganta apretada, su corazón palpitante le hacían traición: tenía miedo. Apretó las espuelas, y el caballo, excitado, aceleró el tendido galope, haciendo volar los guijarros del camino. La tempestad estaba ya encima: el relámpago brilló, un trueno formidable rimbombó sobre la misma cabeza de Mauricio. Alborotóse *Maceo*; giró bruscamente sobre sus patas traseras, y se arrojó hacia el talud que dominaba el río. Vió Mauricio el tremendo peligro, cuando otro relámpago le mostró la superficie del agua y el abismo: cerró los ojos, aceptando el castigo... y el caballo, en su vértigo mortal, arrastró al jinete al fondo del despeñadero, tronchando en su caída los pinos y empujando las piedras del escarpe, cuyo ruido fragoroso, al rodar peñas abajo, remedaba aún los desatentados pasos del ciego que tropezaba y gemía.

EMILIA PARDO BAZAN



Del Album Salón, de Barcelona.

AVARICIA.

¡Soy pobre!... es que no ha visto jamás el potentado
Sobre tu hermosa espalda caer como un diluvio
La aurina cabeñera, ni como yo ha bañado
Los brazos en las ondas de su océano rubio.

Soy pobre con tus senos de nácar, virginales,
Las finas hebras de ámbar de tus pestañas blondas,
Y tus divinos ojos que vierten á raudales
Diamantes de más brillo que espléndidos golcondas.

Soy dueño de tus formas de mármol, veteadas
De azul, del talle débil en que al andar oscilas,
Y el regio camafeo que forman engarzadas
En su iris de azabache tus húmedas pupilas.

Soy dueño de tu boca: jarrón en que la ardiente
Y roja fior del beso lascivo se consume,
Estuche donde guarda sus perlas el Oriente,
Y vaso, siempre abierto, de arábigo perfume.

Son míos tu albo cuello, tu frente que remeda
Al nítido alabastro, tus breves pies de niño,
Tus uñas relucientes de ágata, y la seda
De tu epidermis blanca, más suave que el armiño.

Y así me llaman pobre, y así nunca te canto
El himno de los versos ni su amoroso arrullo;
Poseo tus hechizos de diosa, y no levanto
La frente altiva, lleno de colosal orgullo.

Levántate radiosa, deslumbra con la intensa
Luz de tus ojos, clara como la luz del día;
Tendrás tú los aplausos, y yo tendré la inmensa
Envidia de los hombres, porque te llamas mía.

Mas no te verá nadie. Son vanos tus anhelos
De triunfo; eres mi esclava, y vivirás obscura:
Guardada por los hoscos eunucos de mis celos,
Que armados de puñales custodian tu hermosura.

EFREN REBOLLEDO.



DE TANAGRA.

Dulce hermana religiosa
que transitas por la acera;
las mejillas como rosa
blanca, y las manos de cera;
religiosa, dulce hermana,
que paseas por la mañana
buscando alimento al pobre;
y recibes, mansa y leda,
ya la dorada moneda
ó ya la pieza de cobre;
al ver tu figura magra,
y tu palidez de luna,
me parece mirar una
estatuilla de Tanagra.

RUFINO BLANCO FOMBONA.



MADRIGALES.

[A PAPÁ].

A la Srita. Josefina Tornel.

El alma has desdeñado
Que te ofrecí en un día;
Vuelven á tí estos cantos,
Ultima ofrenda mía.

Hojas y tallos secos
Son de un Abril remoto;
Son los corales sueltos
De un collarcito roto.

I

Cuando entro á visitar la galería
Y me detengo enfrente de una hermosa
Imagen de la Virgen, de ojos negros
Y de mejillas de color de aurora,
Quisiera interrogar, á la que amante
El ser te dió, si cuando aún, gozosa,
Te llevaba en su seno, alzó los ojos
Y los ojos miró de la Madona.

II

Eres fúlgida, más que sol de Mayo;
Vences del trébol la sutil esencia:
Hurtaste á la granada
La de tu boca púrpura risueña,
Su frescura salvaje
A intacta poma que aún del ramo cuelga,
Y su tersura al nardo
Y sus ojos á tímida gacela:
Pon un poco de amor en tu mirada
Y tú serás la bella entre las bellas.

III

No era tu flor la blanca margarita,
La flor que del amor es el oráculo;
Tu flor traición te ha hecho,
Blanco te dijo el negro y negro el blanco;
Te ha dicho que dulzura
Guarda tu corazón, no orgullo vano;
Y dijo, finalmente,
Que no te quiero mucho y... ¡te amo, te amo!

IV

Eres igual al claro de la luna,
Que ilumina la tierra y no calienta;
Igual á la Madona que en su nicho.
La multitud venera;
El iris de tus ojos
Es un cielo sin fuego y sin tormentas:
Si lo has dejado helarse poco á poco,
¿Qué vale, dí, que corazón se tenga?

V

Mi alma se parece
A una estatua antigua,
Cubierta por el polvo,
Cubierto por el musgo y por la ortiga;
Mas tu mano gentil, breve y piadosa,
Si quisiera, podría
Volverle al punto su encubierta gracia,
Su blancura nativa.

VI.

Dice, de tí prendada,
La blanca luna en el confín del cielo:
—Yo rompo el agua y á lo más profundo
Del hondo mar desciendo;
Así bajar quisiera
Con tenue rayo á tu profundo seno;
Así violar de aquel arcano mundo
El virginal silencio,
Y buscar del amor la obscura perla
Hasta hallarla en su centro.—
Así, de tí prendada,
Dice la luna en el confín del cielo;
Mas no ha de hallarla nunca.....
No tiene fondo, como el mar, tu seno!

VII

En las siestas de estío,
Las amapolas en sus tallos duermen;
Del trigo por los surcos
Duermen, entrelazadas, las serpientes;
Duerme el lago argentado,
Y á flor de agua se mecen,
Dormidas ya, las hojas que han caído.....
Mi ánima doliente,
Así dormir quisiera
Así..... pero por siempre.

VIII

Desde que reclinaste del funesto
Olvido en la almohada la cabeza,
Ya no es el amor mío
Semejante á ese mar de azul ribera.
Más se parece el agua que en el foso
Yace estancada y negra,
Donde mis cantos, llenos
De pálida tristeza,
Reflorecen á lo alto como tantas
Melancólicas flores de ninfea.

FERNANGRANA

Abril de 1899.



LA RAZON DE VENUS.

Calumniaron á la diosa. La llamaron amada de muchos varones, inconstante y pérfida, (aun antes de que Shakespeare dijera: «*Inconstancia*, tu nombre es de mujer,») amiga de todos los lechos, pecadora inmortal, esposa infiel del herrero Vulcano. Todo cuanto de malo puede decirse en femenino, dijeron de la diosa. Su cinto era cabestro de la lujuria, sus ojos lámparas de los deseos, su desnudez tentación de la castidad. Calumniaban á la diosa. Aun en Milo la calumniaban.»

«No obstante, Venus tenía sus razones.»

**

Mi diálogo de aquella tarde no era con Emma ni con Lila. Esos pajaritos encantadores se habían ido á la primera razón descortés del invierno. El sol estaba, entonces, poco interesante. Sufría de cataratas. Las tardes habían cambiado sus gasas rosas por amables sedas moradas. Todo invitaba á los graves discursos.

Mi interlocutora era una señorita de treinta años que ya no pensaba en casarse, pero que, en cambio, estudiaba mitología. No admiraba á Hercules, desde que llegó á su conocimiento aquella desagradable aventura con el rey Augias. Consideraba al héroe como á un barrendero formidable y nada más. En cambio adoraba á Hipólita, á Philippis, á Aella, á Asteria, y Antinoo le parecía sublime. Todo lo cual os indicará suficientemente que manifestaba cierta voluntad por Venus. La llamaba infiel, y esto es una vulgaridad, no puedo negarlo. Pero todos son un poco vulgares, sobre todo cuando son un poco burgueses.

Mi amiga lo era; pero muy poquito; apenas. Y esto fué lo que me incitó á explicarle las razones de Venus. Hecho mi exordio, con sujeción á las más minuciosas reglas de la oratoria, empecé diciendo: Señorita.....

Pero es mejor que os lo cuenta de otro modo:

Un día de claro sol, afable cielo y serena mar, caminaban en la ribera, en dirección opuesta, dos guerreros. Yelmo coraza y cnemidas de bronce, ancho escudo, lanza temible y espada suspendida del hombro á usanza de aquellos tiempos: pues estamos en las costas del mar Jónico, algunos años antes de Homero. Sus pasos sonaban enormemente y el mar daba á compás á aquellos pasos. Un paso, una ola; un paso, una ola.....

Líricamente cantaban las cigarras y el sol cuidaba de bruñir cada relieve de sus armaduras. Aquellos guerreros venían para sostener, uno contra otro, combate leal por discusiones de amor. Llamábanse Trasimedes y Amphiclus, ilustres ambos por la lanza. Venían por el amor de una diosa del mar que había entonces aparecido sobre una concha luminosa, al

beso de las espumas amargas. Amatheia, madrina del primero, y Speio, nodriza del segundo, nereidas las dos, habíanles dado la extraordinaria nueva, infundiéndoles á un tiempo espíritu de curiosidad, primero, y calor de rivalidad más tarde, cuando conociendo á la diosa de las espumas y oyendo de sus labios la confesión de que sólo se entregaría al más valeroso guerrero, decidieron hacer de sus brazos jueces supremos, en lidia caballeresca y heroica, por demostrar cada uno que lo era así.

Unidos ambos en la codicia cuanto separados en la inclinación del ánimo (perdonad el giro arcaico, si queréis,) diéronse á exterminar cuantos guerreros eran conocidos por la fama, no sólo en el continente sino en todas las islas de la Dodecanesia; y cuando no quedaren sino los dos, echaron á andar por la ribera hacia el cabo Sunio, punto de la cita.

Venus había atado su carroza marina á las raíces de una roca sonora—y miraba.

Al rayar el sol en el meridiano, circunstancia astronómica que se conoció, porque la espada de Amphiclus, clavada perpendicularmente, no dió sombra, los guerreros embrazaron los escudos y las dos lanzas comenzaron á buscar los pechos con inaudito fragor.

No tardó la sangre en sembrar de rosas las armaduras. El polvo que levantaban los pasos desordenados de los combatientes obligaba al sol á cerrar los ojos, y el estruendo de los bronces era tal, que las aguas se vieron obligadas á levantar el tono de su grave conversación para poder oírse. Las rocas vibraban á cada choque de las armas y el aliento de los guerreros doblaba los gajos de los cercanos laureles. Una ola se levantó en el lejano horizonte, toda desgredada, como una yegua que se encabrita, y abriéndose paso por entre el tumulto de las otras, vino en soberbio galope, erguida, su penacho en alto, agitados los flancos por breves temblores, á volcar sobre la playa estremecida su enormidad de montaña.

La carroza marina de la diosa experimentó un vaivén terrible. Se oyó un grito. Los guerreros bajaron los brazos. Era ya de noche. No lo habían advertido porque sus armaduras, candentes con los golpes, daban un dorado resplandor. Y el uno en el regazo de su madrina y el otro en las rodillas de su nodriza, se durmieron bajo las estrellas.

Al siguiente día, después de haber asado y devorado juntos un buey de negros cuernos, y de haberse refrigerado purgando doce cráteras, los dos guerreros, con las manos bien lavadas en agua saludable y las heridas curadas con menta olorosa, emprendieron su heroica faena, como dos vigorosos forjadores que baten el hierro en los yunques: el sudor baña su piel, nudos de carne corren á lo largo de sus huesos, las venas se hinchan de sangre generosa como los torrentes en el estío, cuando se desata el flujo de las nie-

ves; y ellos siguen domando el metal con sus martillos, sintiendo crecer el brío á medida de la resistencia que encuentran. Así combatían Trasimedes y Amphiclus, y así trabajaban sus espadas en la carne enemiga.

Y llegó la noche y ya no suspendieron el vigor de sus esfuerzos, pues sentían grande urgencia de terminar, teniendo en escasa cuenta la economía de la sangre. Y vino y terminó otro día y llegó y acabó otra noche, y todas las estrellas se enteraron del suceso, sin que la fatiga les rindiese ni el dolor les atase las piernas.

Muchos mantos de lino habían teñido ya las olas con aquella púrpura humana que corría de sus carnes abiertas, muchas nubes habían pasado tronando sobre el esplendor de sus cascos, muchas lágrimas habían vertido las bondadosas nereidas sin conseguir ablandar sus corazones y Venus había sonreído muchas veces á cada nueva herida que destruía las armaduras, cuando rompiéndose el último instrumento ofensivo en sus manos incansables de luchar, fué preciso ceder á la fuerza del acontecimiento lo que aún quedaba de deseo en los corazones.

Miráronse. Sus barbas habían crecido, pues llevaban cien días de combatir. Estaban destrozados, pero enhiestos, como dos encinas que acaba de desgajar el huracán. La sangre les había pintado de rojo, vistiéndolo de púrpura lo que al descubierto iban dejando las piezas rotas de las armaduras.

Amphiclus tenía las uñas quebradas de haber arrancado la última roca con la que desarmó las rodillas de su contrario. Trasimedes ostentaba el pecho abierto por el paso de la lanza. Estaban hermosos y terribles como dos montañas asaltadas.

Gran conflicto empezó entonces para Venus, pues había prometido el goce de sus gracias al más valeroso. Suele en estos casos resolver el corazón femenino en pro de la gentileza las dubitaciones del entendimiento. Pero la diosa adoraba los ojos azules de Trasimedes tanto como deseaba los cabellos negros de Amphiclus. Y convencida por tan absolutos argumentos, dejóse llevar á las sentencias de la justicia. En cuya virtud, el cielo vió aquella noche ocupados los brazos de Venus por las cabezas heroicas de dos guerreros.



**

Un gran silencio cayó sobre la estufa semi-apagada. Mi interlocutora callaba, sumergiéndose en la inmensa melancolía de sus primavera estériles. Y de repente:—No recuerda usted los hermosos versos:

La marquesa Eulalia, risas y desvíos
Daba á un tiempo mismo para dos rivales?...

—Efectivamente; eso se lee en las *Prosas Profanas* de Rubén Darío, le respondí.

LEOPOLDO LUGONES.

SIMBOLO.

La bandera es la fe. Oid, vencidos, el nuevo salmo; que al chocar los versos se levantan los gérmenes dormidos y se agrupan los átomos dispersos.

Vacilar es caer.—En cada vida clava su garra aguda el pensamiento, y tiene el que deserta de la vida una trágica mueca de irredento.

La vida es el afán.—Noble delirio que sublima y redime en la pelea; para cada dolor, se alza un martirio, y un cadáver rebelde, á cada idea.

Buena nueva: convoca á los rehacios, infúndeles aliento y energía. Sale el sol; ya se incendian los espacios, ¡aparece en Oriente el nuevo día!

CARLOS DIAZ DUFOO.

Septiembre de 1898.

EL REINA DE LAS LAGRIMAS



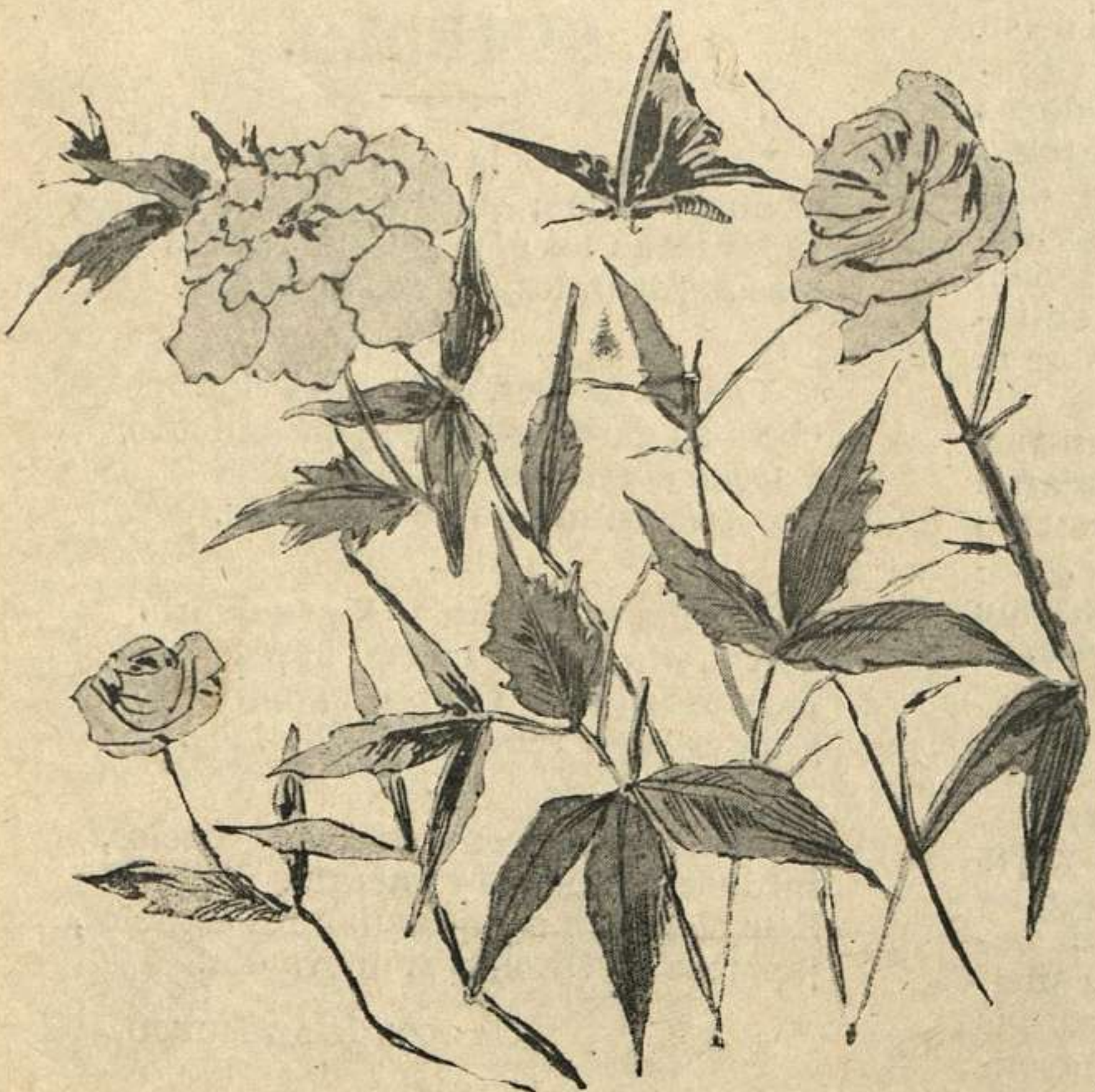
I

Una blanca beldad fascinadora
de rubia trenza y seno floreciente,
de claros ojos como tersa fuente
y risa más alegre que la aurora;

por ameno jardín, que el sol colora,
camina placentera y diligente,
cuando su leve falda transparente
prende un rosal con rama punzadora.

Dichoso acariciando á la hermosura
se estremece el rosal, como una llama,
al romper la beldad su ligadura.

Pétalos rojos lueven de la rama...
Es que el rosal, perdida su ventura,
llanto de sangre por la infiel derrama.



II

Esplendores magníficos, brillantes
curvas de plata y majestad divina
muestra su cuerpo escultural de ondina
al salir de las olas murmurantes.

Las tembladoras gotas rutilantes,
con que ciñera el agua cristalina
su immaculada frente alabastrina,
fingen regia corona de diamantes.

A la luz cegadora que desprende
su desnudez triunfante y deliciosa,
en gentílico amor todo se enciende.

Da en su cabello el sol besos de oro,
y el mar, abandonado por la hermosa,
vierte á sus blancos pies amargo lloro.



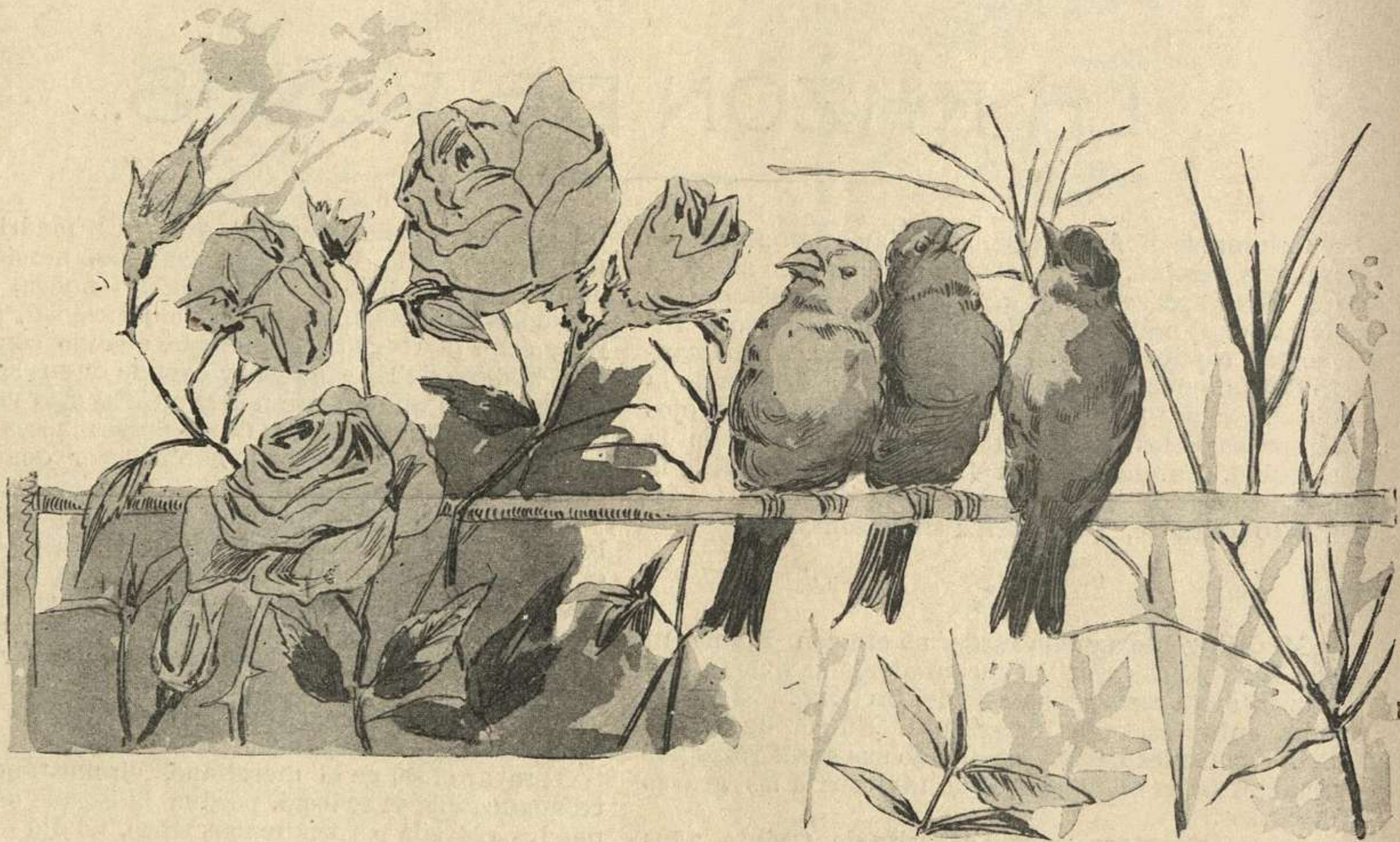
IV

Suspiran los ardientes ruseñores,
llena la luna el mar, valles y lomas,
y, en álamo frondoso, dos palomas
cambian roncos arrullos gemidores.

La beila viste encajes, raso y flores;
y, cual rocío en las fragantes pomas,
en su pecho gentil lleno de aromas
lanza un collar de perlas sus fulgores.

Un dichoso amador, en tierno lazo,
á la beldad fascinadora oprime,
besándola en su labio de escarlata.

Y, á la presión del venturoso abrazo,
roto el collar de perlas, dulce gime,
y en lágrimas radiantes se desata.



III

La beldad, sonrosada como el día,
esparcido el raudal de su cabello
por la mórbida espalda y niveo cuello,
llega al arroyo de la verde umbría.

Un vaso llena en la corriente fría,
y al rozarlo después su labio bello,
tiembla el vaso, feliz, lanza un destello,
y campo y sol refleja en su alegría.

Cuando su viva sed siente aplacada,
la hermosura retira, indiferente,
el cristal de su boca de granada.

Tórnase triste el vaso, antes riente,
y por su faz, de nieblas empañada,
se desliza una lágrima luciente.



V

Vierte el mustio rosal llanto encendido;
del vaso rueda lágrima luciente;
llora el collar de perlas resplendente,
y llora el mar y estalla su rugido.

Llora también el amador rendido:
que la beldad de immaculada frente
es estatua de mármol esplendente...
y en el mármol jamás vibró un latido.

Todo tiene una lágrima ó lamento.
Todo... menos la bella seductura,
causa de tanto mal y hondo tormento,

que, arrogante, impasible y triunfadora,
responde á los dolores dando al viento
su risa más alegre que la aurora.

MANUEL REINA.



Páginas de la Moda



FIG. 1.—TRAJES DE PRIMAVERA.

En esta pasta, las proporciones de agua y de harin son las mismas que en la fórmula precedente y se sustituye la manteca por una buena cucharada de aceite de olivo superfino; se añade luego a la pasta, azúcar con sal y un poco de pimienta; una clara y media de huevo hecho espuma, en el momento de retirarse de ella.

FIG. 2.—SOMBREROS IMPERIO.

Muy señor mío:
De conformidad con su atenta fechora el día dos del corriente, hoy he recibido del Sr. Lic. Francisco C. García, Bandurero en esta de esa Honorable Comisaría, la cantidad de un mill pesos, importe total de la póliza 741, así como las escenas aseguradas por los señores madre de la señora Alicia de García, por lo que le agradezco por este pago y me es grato reiterarle de usted atento S. R.—Francisco García.

LA MUJER ANTE LA PEDAGOGIA

FRAGMENTOS.

La mujer es un ser racional, y como tal, hay que considerarla en orden á la cualidad de existencias que actúan en todo ser humano: la psicología y la fisiología.

Por la primera, poseé un yo espiritual, una vida interna que se agita en el recinto del ser corpóreo, con facultades que le son inherentes, reconocidas por los filósofos. Una de esas facultades es la inteligencia, en la que adelante nos ocuparemos.

Si, pues, está probado que existe una alma en la mujer, y si el espíritu no reconoce la diferencia de sexos que la materia: es natural que en el orden físico, la mujer sea igual al hombre; desde luego, si el hombre poseé el derecho emanado de su naturaleza de proveer al perfeccionamiento de su ser moral, es de presumirse que este mismo derecho asiste á la mujer, y desde luego, la amparen las leyes cual al hombre y la proporcionen la instrucción necesaria.

Creemos que debe metodizarse filosóficamente la instrucción de la mujer, y no porque es físicamente igual al hombre, necesite poseer el caudal de conocimientos que éste.

Sería, en efecto, descabellado enseñar á la mujer á manejar las armas, antes que un manual de urbanidad.

Pero el espíritu analítico de la pregunta, va más allá, y es, á nuestro entender:

«¿Cuál será el límite que se oponga á la instrucción que deba darse á la mujer mexicana; ó debe condicionarse esa instrucción restringiendo el caudal de conocimientos, en vista de consideraciones filosóficas, aplicables tan solo á la mujer mexicana?»

Creemos que la pregunta debe plantearse así:

«¿Debe la mujer mexicana adquirir los conocimientos científicos que compiten al hombre, ó sólo limitarse su instrucción á los precisos para formar una señorita de sociedad culta y civilizada?»

Esto, en orden á la parte moral.

En lo relativo á la física.

«Debe impartirse á la mujer educación física—dada la delicadeza del sexo—ó no se hace ésta necesaria?»

«¿Debe excluirse del programa de enseñanza la educación social por creerse inútil, ya que no posee derecho de ciudadanía para figurar en el parlamento, en los comicios, etc?»

Procuraremos ser breves en la respuesta:

La mujer mexicana, es por naturaleza sencilla: es su corazón—en lo general y salvo raras excepciones—santuario del altruismo campeando entre sus cualidades morales la filogenitura: el pudor, símbolo externo de la pureza de una alma noble, ocupa sitio preferente en el consorcio de sus virtudes, y una acendrada ternura viene á completar la parte moral del ángel corpóreo á que se llama mujer.

Una penetrante inteligencia hace vibrar sus retinas, mientras en su amplia frente sobrenada el supremo destello de una castidad angélica.

Así, pues, dada esta constitución moral de la mujer mexicana, ese excepcional sello de obediencia al paterno ó marital mandato y esa disposición congénita para amar lo bueno y lo bello, el análisis filosófico de su alma, debe propender á buscar en ella las malas tendencias para combatirlas y dirigir su instrucción y educación á fortalecer esas buenas cualidades y aniquilar los defectos de que adolece.

La propia circunstancia de poseer una imaginación ardiente y fogosa, de poseer belleza externa incomparable, puede inclinarla á la vanidad, hacerla esclava del tocador y generar así el coquetismo, plaga social que sería insufrible si corrompiera á nuestras paisanas. Desde luego, la madre de familia debe impedir á sus hijas las lecturas de novelas romancescas, veneno que insensible se filtra en los juveniles corazones que aman á los personajes de aquellas que se sueñan nobles, bellas, ricas, codiciadas, y que pierden con la virginidad del alma, el sentido común, ó dijésemos, la lógica.

PASTA ITALIANA.

En esta pasta, las proporciones de agua y de harina son las mismas que en la fórmula precedente y se sustituye la manteca por una buena cucharada de aceite de olivo superfino: se añade luego á la pasta, aderezada con sal y un poco de pimienta, una clara y media de huevo hecho espuma, en el momento de servirse de ella.



FIG. 2.—DOS ELEGANTES MODELOS DE SOMBREROS.

FUGITIVA

Pálida como un cirio, como una rosa enferma. Tiene el cabello obscuro, los ojos con azuladas ojeras, las señales de una labor agitada, y el desencanto de muchas ilusiones ya idas. Pobre niña.

Emma se llama. Se casó con el tenor de la compañía, siendo muy joven. La dedicaron á las tablas cuando su pubertad florecía en el triunfo de una aurora espléndida. Comenzó de comparsa y recibió los besos falsos de los amantes fingidos de la comedia. ¿Amaba á su marido? No lo sabía ella misma. Revertas continuas, rivalidades inexplicables, de las que pintaría Daudet. La lucha por la vida en un campo áspero y mentiroso, el campo donde florecen las guirnaldas de una noche, y la flor de la gloria fugitiva; horas amargas, quizá semiborradas por el placer de locas fiestas; el primer hijo; el primer desengaño artístico; el príncipe de los cuentos de oro, que nunca llegó; y en resumen, la perspectiva de una senda azarosa, sin el miraje de un porvenir sonriente.

A veces está meditabunda. En la noche de la representación es reina, princesa, delfín ó hada. Pero bajo el bermellón está la palidez y la melancolía. El espectador vé las formas admirables y firmes, los rizos; el seno que se levanta en armoniosa curva; lo que no advierte es la constante preocupación, el pensamiento fijo, la tristeza de la mujer bajo el disfraz de la actriz.

Será dichosa un minuto, completamente feliz un segundo. Pero la desesperanza está en el fondo de su



FIG. 3.—SOMBRERO IMPERIO.

alma delicada y dulce. Pobrecita. ¿En qué soñaría? No lo podría ya decir. Su aspecto engaña al mejor observador, ¿Piensa en el país ignorado á donde irá mañana; en la contrata probable; en el pan de los hijos? Y la mariposa del amor; el aliento de Pispais, no visitará ese lirio lánguido; ya el príncipe de los cuentos de oro no vendrá; ella; está á lo menos segura de que no vendrá!

¡Oh +ú, llama casi extinguida, pájaro perdido en el inmenso bosque humano! Te irás muy lejos, pasarás como una visión rápida; y no sabrás nunca que has tenido un soñador que ha pensado en tí, y ha escrito una página á tu memoria, quizá enamorado de ese encanto de tu rostro enfermizo, en tí, en fin, paloma del país de Bohemia que no sabes á cuál de los cuatro vientos del cielo tenderás tus alas el día que viene.

RUBEN DARIO.

SOPA JULIANA.

Se dividen en filetes muy delgados zanahorias, nabos, puerros, cebollas y apio, y se les hace tomar color pasándolos por la cazuela con manteca, luego se les añade unas cuantas hojas de lechuga, de cerafollo y de perejil picadas, y si la estación lo permite, un puñado de guisantes verdes con otras tantas habas tiernas. Cuando las legumbres hayan cocido bien, y en el momento de servir las, se añade la cantidad de agua necesaria, sal á discreción, y un buen pedazo de manteca fresca.

En muchas casas se prefiere la juliana con puré; en este caso se cuecen las legumbres algo más á fin de que pasen fácilmente á través de un colador fino. La juliana con puré se sirve con pedacitos de pan muy pequeños, fritos en manteca en el momento de añadirlos á la sopa.

NUESTROS GRABADOS.

FIG. 1.—TRAJES DE PRIMAVERA.

Una gran toilette de sarga de seda. Falda plena, lisa al frente y con siete hermosos pliegues en la parte posterior.

Jacquette todo drapeado de blonda antigua de Bruselas, abierto sobre una camisola de tul figurada. Jockeys fantasía.

Plastrón con dos alas con adornos de botones de fantasía.

El segundo modelo es un elegante frock para niña de 8 á 10 años, de piel de seda, con gran bordado en la orla.

FIG. 2.—DOS ELEGANTES MODELOS DE SOMBREROS.

El primero de paja de Suecia, redondo, con la falda orlada de una guía de muselina de seda oscura, falda levantada y á la izquierda de ella un gran lazo de sarga.

El segundo redondo también; la copa va rodeada de dos hermosas plumas de avestruz, y en el centro lleva un lazo de sarga.

FIG. 3.—SOMBRERO «IMPERIO.»

Es un delicado y elegantísimo modelo, por el estilo y por la factura. De paja de Francia, blanco orlado de una guía ahuevada de seda. Un lazo de satín rosa lo fija al cuello. La copa va drapeada de satín del mismo color y lleva dos elegantes penachos de avestruz.

OTRO PAGO DE \$1.000 00 CS. DE "LA MUTUA"
EN ZAMORA, MICHOACAN.

Zamora, Marzo 9 de 1899.

Sr. D. Donato de Chapeauzouge, Director General de "La Mutua."—México.

Muy señor mío:

De conformidad con su atenta fechada el día dos del corriente, hoy he recibido del Sr. Lic. Francisco C. García, Banquero en ésta de esa Honorable Compañía, la cantidad de un mil pesos, importe total de la póliza 741,931 bajo la cual estaba asegurada mi queridísima madre doña Ramona Alcázar de García. Doy á usted las debidas gracias por este pago y me es grato repetirme de usted afmo, atento S. S.—PROSPERO GARCIA.